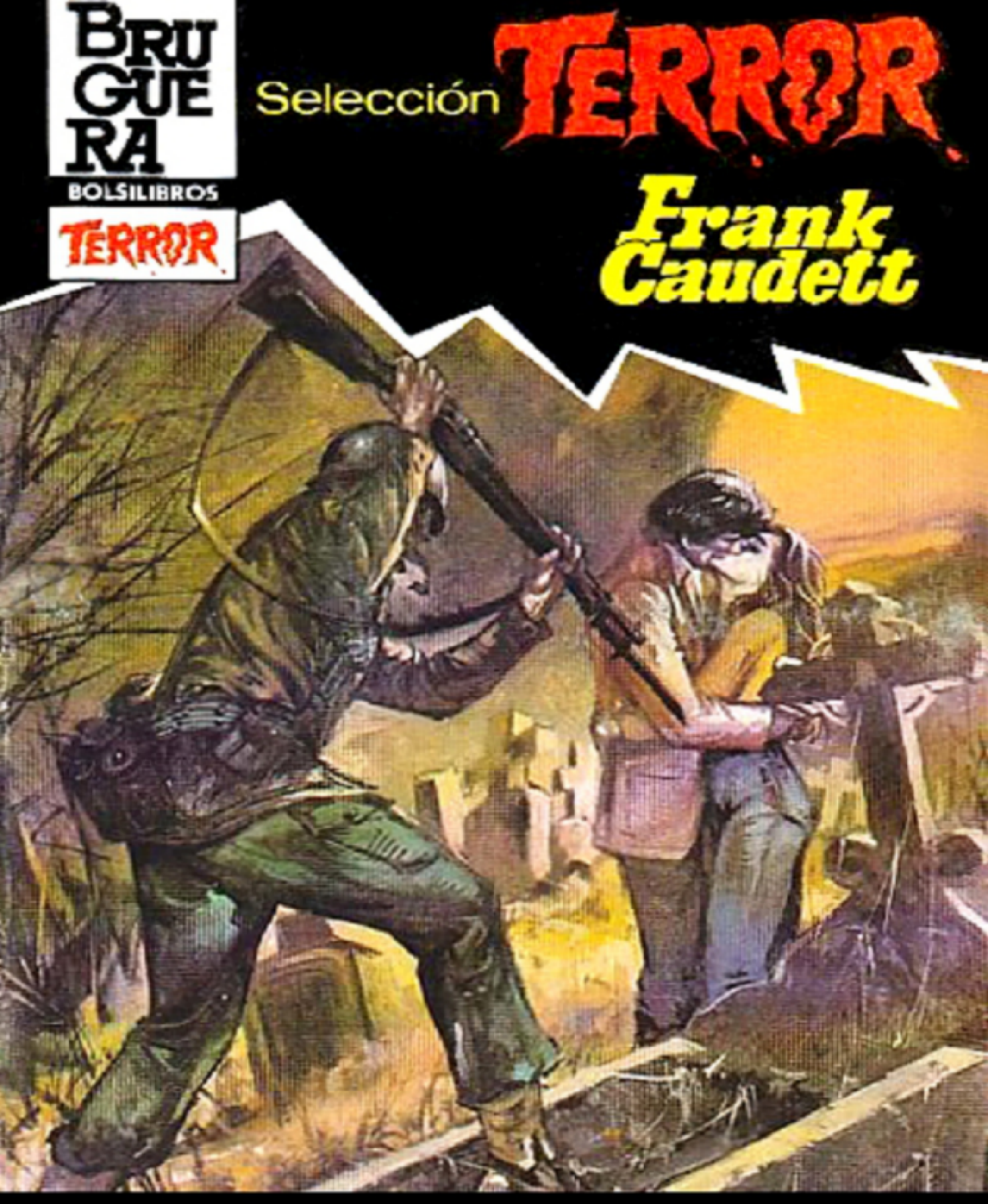

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Frank Caudett
SANGRIENTA EVOCACION

SANGRIENTA EVOCACION

FRANK CAUDETT

Colección
SELECCION TERROR n.° 574
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.368-1984
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición en España: marzo, 1984
1ª edición en América: setiembre, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1984

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

569 — *El señor de la noche,* Joseph Berna.
570 — *Ocultos tras la publicidad,* Ralph Barby.
571 — *Lobos contra lobos.* Clark Carrados.
572 — *Ofelia,* Ralph Barby.
573 — *Cadáveres sin alma.* Curtis Garland.


SELECCION
TERROR

Prólogo
ECOS DE VIETNAM

Vietnam, enero del año 68

En enero de 1968, el Vietcong lanzó a todos sus hombres en la ofensiva del Tet (Año Nuevo Budista), logrando llegar hasta el centro de Saigón y ocupar la ciudad imperial de Hué conjuntamente con otras 30 capitales de provincia. Pero sufrió tantas bajas (quizá 40.000 muertos) que jamás se recuperó de aquel baño de sangre.

Unos doscientos mil combatientes, casi todos sudvietnamitas huidos al Norte, entraron desde Laos y Camboya por la ruta Hó Chi Minh, y el ejército de Hanoi, al mando del legendario general Giap, actuó por primera vez a gran escala.

Más de cinco mil *marines* quedaron aislados en Khe Sanh durante dos meses y medio, y las fuerzas norteamericanas sufrieron grandes pérdidas. No obstante y pese a ello, la ofensiva del enemigo fracasó.

Primera Parte
SANGRE EN EL PASADO

Khe Sanh (paralelo 17). Vietnam, marzo del año 68

—A sus órdenes, mi teniente. Se presenta el sargento primero de las Fuerzas Aéreas, Kevin McBryan.

Raúl Fitzgerald Boone, teniente médico del Ejército de los EE.UU, y director de aquel improvisado hospital que se debía mucho más a las ansias y buena voluntad de quienes lo habían hecho posible que a los medios que se les habían facilitado para ello, alzó su pelirroja cabeza de testarudo y de afable irlandés al mismo tiempo, para clavar el azul oscuro de sus móviles pupilas en la figura del suboficial que acababa de presentársele.

Lo estudió sin excesivo detenimiento, pero sí con evidente interés. Y hubo inflexión preocupada en su voz al anunciar con aparente apatía:

—Lo esperaba McBryan. Lo esperaba…

—¿Es grave lo de Tommy, señor? —inquirió con un nerviosismo que no conseguía dominar, el recién llegado.

—Depende de lo que entendamos por grave, sargento.

—¿Le importaría explicarse mejor, teniente? —había una crispación en el rostro del joven suboficial.

—Su vida no corre peligro —repuso el otro, rascándose una ceja con talante preocupado. Para agregar—: Desde esa óptica lo sucedido al *marine* Tommy McBryan no es grave. Pero…

—Por favor, teniente —le acució Kevin McBryan.

—Comprendo su angustia y nerviosismo, sargento… Pero comprenda usted que yo trato de encontrar las palabras más adecuadas…

—No creo que esto se trate de una cuestión de fonética depurada ni de armoniosa sintaxis, señor —volvió a interrumpirle con amarga causticidad el suboficial. Añadiendo—: Lo diga usted del modo que lo diga el problema y las circunstancias pienso que serán los mismos. Por duro que resulte le agradeceré que llame a las cosas por su nombre y de la manera más clara y concreta posible. ¿Qué tiene con exactitud mi hermano, teniente?

Carraspeó antes de soltar:

—La cara prácticamente destrozada —y tras unos segundos de pausa añadió—: La granada estalló tan cerca de su rostro y de tal manera que se lo ha dejado sin carne y con varios huesos de la calavera fracturados, lo que ha hecho dificilísimo intentar la soldadura de los mismos. Su hermano, sargento, es algo muy parecido a un

monstruo.

—¡Teniente!

—¿No hemos quedado en que había que llamar a las cosas por su nombre, McBryan? Kevin tragó saliva.

—Sí... sí, señor.

—Lo siento, sargento. Sé que es muy duro. Su hermano Tommy está condenado de por vida a llevar el rostro cubierto con vendajes.

—¡Santo Cristo! ¿Cómo una momia? —preguntó con acento de pánico el suboficial.

—Usted lo ha dicho —se limitó a asentir el teniente médico.

—¡Pero...! —a Kevin McBryan, evidentemente, le parecía imposible, brutal, inhumano y de una crueldad sin límites que un hombre joven, apenas veintidós años, fuera sentenciado a morir viviendo o a vivir muerto que para el caso era lo mismo. No podía hacerse a la idea de que aquel hombretón recio, atlético, arrollador, que era su hermano Tommy, orgulloso a menudo de su viril apostura y masculinos encantos, tuviera que pasarse el resto de su existencia con el rostro cubierto por trapos blancos lo mismo que una legendaria momia del misterioso Egipto, del Egipto milenario de los faraones y las pirámides. Y si él desesperaba ya frente a aquella perspectiva, ¿cómo reaccionaría el propio Tommy? Tratando de escapar al fatalismo de sus pensamientos, alzó la testa para mirar con rectitud a los ojos del oficial médico y preguntarle—: ¿Algo se podrá hacer, no? La cirugía plástica y estética dicen que obra milagros...

—No en casos como el de Tommy McBryan. No cuando no existe una estructura de carne por mínima que sea sobre la que afianzar un trabajo estético... no cuando no existe tan siquiera esa carne que sirve de punto de partida —hizo una fugaz pausa para incidir contundente —: Nada —significando aún más sin querer ser indulgente en su terminología—: Absolutamente nada.

—¿Está seguro? —Kevin no quería, se resistía a admitir aquella lapidaria negativa.

—Por completo. Hace un par de días anestesié a su hermano para levantar los vendajes y permitir que un neurocirujano inglés y un operador estético vietnamita lo reconocieran.

El diagnóstico de ambos fue rotundamente negativo.

—¿Entonces...? —le temblaba a Kevin McBryan el labio inferior.

—Cuando las heridas estén en periodo de cicatrización, lo cual no sucederá hasta pasados unos tres meses o más... cuando lo que ha quedado de su carne, apenas nada, se adhiera al hueso y los huesos fracturados respondan con garantías a las soldaduras practicadas, su hermano será trasladado a un centro de rehabilitación e higiene para ex combatientes, que se ha construido hace muy poco tiempo en Washington y en el que se experimentarán nuevos métodos y terapias

psíquicas para obtener la total reinserción social de aquellos que proceden de los horrores de la guerra.

—Pero mi hermano no necesita... —inició el suboficial una tímida pero enérgica protesta.

—Su hermano, sargento Kevin McBryan —le cortó, autoritario y militar por primera vez en el transcurso del diálogo el teniente médico —, necesitará de una filosofía mental muy compleja y complicada, de una religión psíquica casi alquimista, para estar en condiciones de volver al mundo, a la vida, a la sociedad o como queramos llamarla, de acuerdo con las circunstancias que actualmente lo rodean y que lo han de rodear por siempre. He hablado con Washington del particular y delicado caso del *marine* Tommy McBryan, obteniendo la promesa formal de un alto mando militar acerca de que será tratado y reconocido por los mejores expertos no sólo del país, sino que se requerirá la colaboración de especialistas y eruditos mundiales en la materia.

—Pero las vendas seguirán sobre su rostro.

—Eso seguro. O serán sustituidas por una especie de máscara fabricada en cuero. —¡Horrible!

—Es horrible, sargento. Sí, horrible. Uno más de los horrores de la guerra, otra de sus monumentales injusticias.

—¡Diga usted... ABSURDA GUERRA!

—Estamos de acuerdo —aceptó el médico—. Pero la califiquemos como la califiquemos, ello no mejora en nada la situación de su hermano. ¿Quiere verlo, McBryan?

—¡Sí, claro, por supuesto! —exclamó con genuina vehemencia el suboficial de las Fuerzas Aéreas. Y de pronto, como si acabara de pensarlo mejor, quiso saber en un susurro—: Bueno... ¿está en condiciones de...?

—Tommy McBryan —anunció el director de aquel hospital de campaña— es perfectamente consciente de su tragedia. Al menos, por ahora. Y la ha encajado con una entereza de plomo... por el momento.

—¿Qué significa la entonación que usted da a *por ahora* y *por el momento*, teniente?

El pelirrojo volvió a rascarse una ceja, gesto al parecer inveterado, muy característico en él, casi maquinal. Respondiendo a renglón seguido previa fugaz duda:

—Quiere decir que esta reacción inicial puede tratarse de un espejismo psíquico, de una necesidad de autoconvencimiento o del hecho de adoptar frente a la tragedia la postura que él desearía que adoptase otro de encontrarse en su situación. Usted por ejemplo, sargento.

—No entiendo nada, señor —confesó, abiertamente, se ignorancia el suboficial.

—Se lo diré de otra manera, Kevin. Su hermano está haciendo o está comportándose como cree que debe de hacerlo. Y ello, en este momento, no es normal. Su *rol* lógico de ahora sería la desesperación e incluso, el intento de renunciar a la vida. Por eso he definido su postura de actuación como un espejismo psíquico.

—Creo que he comprendido algo, teniente. Y si puedo verlo...

—Puede —el pelirrojo médico militar se alzó de la silla plegable y dijo—: Venga, sígame... —y como si de pronto recordara algo hasta entonces olvidado, exclamó con un movimiento de la diestra—: ¡Ah, sargento!

—¿Ocurre algo, señor? —el rostro de Kevin mostraba viva alarma.

—¡No, no! Por favor, no se asuste. Es que hace unos días llegó esta carta para su hermano —acababa de extraer un sobre de uno de los bolsillos superiores de la guerrera, que tendía a Kevin—. Tenga.

Lo recogió el otro, diciendo:

—Gracias —y al tiempo que leía el remite, comentó: —Creo que es de su novia.

—¿Cree...? —debió extrañarle al médico que el sargento McBryan no tuviese una certeza concreta con relación a la identidad de la novia de su hermano.

Consciente el aviador de la sorpresa del teniente, se apresuró a aclarar:

—Verá, señor, entiendo su extrañeza pero las cosas tienen su explicación.

—Por favor, sargento. Usted no me debe ningún tipo de explicaciones. Son situaciones personales o familiares a las que yo no tengo acceso ni...

—Yo entiendo que sí debo aclararle este punto, teniente —insistió Kevin, atajándolo. Y sin permitir que el superior volviese a objetar algo, prosiguió—: Tommy y yo llevábamos algo más de diez años distanciados. Exactamente desde que murió nuestra madre. El hermano de ella, tío Jeremy, le dijo a nuestra madre que él estaba dispuesto para ayudarla a correr con los gatos y la educación de uno de nosotros. Mamá debía querer más a Tommy porque decidió que fuese yo quien marchara a vivir con tío Jeremy a la ciudad de los rascacielos, a Nueva York. Actualmente estoy muy contento de esa decisión de mamá porque yo he gozado de unas prerrogativas y oportunidades que Tommy jamás ha podido tener en Berkeley. Somos de allí, de Berkeley, en California. Aunque yo me considero neoyorkino a todos los efectos, ¿sabe?

—Entiendo, sí.

—Tommy y yo, en los últimos años; sólo nos hemos visto un mes durante el verano y no siempre. De ahí que no esté muy seguro de

cómo se llama su novia. Pero creo que ésta B. Francis Connors que figura en el remite es ella.

—Léasela usted, sargento.

—Sí, claro, sí. Por supuesto que se la leeré. Pienso que puede ser un bálsamo para su atormentado espíritu, ¿no?

—Puede…

Habían llegado a una de las salas del improvisado hospital de campaña.

Aquello podía considerarse como una especie de unidad de cuidados intensivos, porque los enfermos que ocupaban las camas metálicas bajas y algún que otro camastro de madera eran los internos que requerían de una atención e interés especiales y muy específicos.

Al norte de la sala había una rústica sala de curas y botiquín, atendido por una enfermera cuyo cuerpo exuberante y fibroso señalaba sus violentas rotundidades bajo la blanca bata, tras la que una clareada braguita cubría escuetamente su intimidad mientras que sus pechos lúbricos, belicosos, trotaban excitantes, huérfanos de sostén.

Pero a los pacientes de aquella sala les tenía sin cuidado que la enfermera llevase o dejara de llevar sujetador.

Para ellos, como si hubiese ido en pelotas.

El pelirrojo teniente médico extendió el índice de su diestra sobre el cuerpo silencioso y casi inmóvil que ocupaba la tercera cama de la izquierda, a contar desde la entrada. —Es aquél —dijo. Agregando—: Suerte, sargento.

—Gracias.

Kevin, tragando saliva, avanzó hasta situarse a los pies del lecho en el hallábase tendido el hombre que tenía por rostro un límpido muflón de blancos vendajes.

Monstruoso, sí.

Sencillamente monstruoso.

Y horrible además, cuando una voz cavernosa surgió entre las níveas tiras de tela, inquiriendo:

—¿Es usted, doctor Boone?

El nudo que taponaba la garganta del sargento de las Fuerzas Aéreas, Kevin McBryan, era espeso. Tupido. Le impidió articular la menor sonoridad durante algo más de treinta segundos.

—No… —consiguió responder al fin.

—¿Entonces?

—¿No me reconoces, Tommy?

Unos instantes de duda y luego la vacilante interrogación:

—¿Eres… Kevin?

Al aludido apenas si le salió un hilo de voz entre los labios al responder como si se tratase del silbar de un ofidio:

—Sí…

—¡Kevin! —exclamó, notándose el ahuecar del vendaje a la altura de los labios o lo que quedara de ellos, así como el dificultoso mover de unas mandíbulas que el aviador intuyó descarnadas, estremeciéndose con el solo hecho de pensarlo. Le oyó exclamar de nuevo—: ¡Loado sea el Señor!

Y la voz sonaba hueca, como vacía, espectral, surgiendo por entre los pliegues de la tela blanquecina.

Escucharlo erizaba los cabellos de la nuca y ponía la piel de gallina.

—¿Cómo… cómo te sientes, Tommy?

—Sin contar la putada que me han hecho esos cabrones del Vietcong… bien. ¿Y tú? —Ya ves… —y tras decirlo, Kevin comprendió que su hermano, a causa de los vendajes en los que de momento no se le habían practicado orificios para los ojos… *no podía ver nada.* Apresurándose a rectificar—: ¡Perdona, Tommy! He querido decir…

—No te preocupes, Kevin. Entiendo perfectamente lo que has querido decir.

Comprendió el sargento de las Fuerzas Aéreas que era aquélla una situación extraña.

Incómoda.

Terriblemente incómoda para ambos. Quizá, en aquel instante, todavía más incómoda para él mismo.

Y se acordó súbitamente de que entre los dedos de la diestra seguía sosteniendo la carta que instantes ha le había entregado el teniente médico Boone y de la que se olvidara de momento.

Carta que le brindaba la excelente oportunidad de romper el clímax de tensión reinante, la angustia que los asfixiaba… por lo menos a él.

Y dijo resuelto:

—He venido para leerte una carta porque estoy seguro de que estás ansioso por tener noticias de tu novia…

—¿Y te han permitido tus superiores venir a leerme esa carta? —la ironía sonó como muy hueca, extrañamente vacía, surgiendo de la tapada boca de Tommy McBryan.

Sonó, simplemente espectral:

—Son gente encantadora, hermano. La mayoría tiene novia y se hacen cargo de la situación.

—Dales las gracias de mi parte cuando regreses.

—Lo haré, por supuesto. Y ahora, ¿quieres oír lo que te dice tu…? —volvió el sobre para leer otra vez el nombre que figuraba en el remite— querida B mayúscula punto, Francis Connors.

—Brenda… la B mayúscula es de Brenda.

Kevin rasgó el sobre al tiempo que murmuraba:

—Pues vamos a ver lo que nos… lo que te cuenta Brenda. ¡Ah!, si hay algún pasaje de romántico subido prometo ponerme, al leerlo, encendidamente encarnado.

Tommy McBryan, rió.

Bueno… él, obvio, debió reír. Pretendió reír, claro.

Pero el ruido que llegó hasta los oídos de su hermano Kevin fue como una espeluznante romper de cáscaras de nueces, como un crujido quebrado, roto, con matices enervantes. Fue el batir dificultoso de unas mandíbulas huérfanas de carne, horrendas, que el sargento no quiso ni ver tan siquiera en su imaginación lo que hizo que, de manera instintiva, cerrara a la par que los ojos de la mente los del rostro.

Mas el eco hosco, apagado, que parecía retumbar en una bóveda de horrores, surgió de los vendajes como apéndice de las carcajadas guturales logrando que Kevin McBryan se estremeciera muy a pesar suyo.

Sin hacer el más leve comentario acabó de rasgar el sobre, extrajo la cuartilla desdoblándola y empezó la lectura:

> «Berkeley, 24 de febrero de 1968.
>
> Querido Tommy:
>
> Sé que cuando acabes de leer esta carta, me odiarás. Y es por ello que antes de proseguir quiero pedirte comprensión y, si mucho me apuras, sensatez. Sé que voy a ser yo también quien falte a la palabra empeñada y ello, aunque ahora puedas ponerlo en tela de juicio, me entristece profundamente. Sólo me consuela el hecho de estar convencida, lo estoy de veras, de que una palabra dada en momento de euforia sentimental, o romántica, llámalo como quieras, no es suficiente baluarte moral para, labrar la desgracia de una o dos personas, exigiendo su cumplimiento.
>
> La felicidad, Tommy, es algo tan complejo y difícil no sólo de definir sino de obtener que, cuando estamos seguros de tenerla al alcance de la mano, no es justo ni lícito cerrar los ojos e ignorarla porque un día dijimos esto o prometimos aquello. Todo este preámbulo, Tommy, es para decirte que estoy…»

Kevin McBryan interrumpió la lectura bruscamente.

Exclamando:

—¡Arpía! ¡Bruja de mierda!

Y acto seguido se abrió entre los hermanos McBryan un abismo de silencio.

* * *

Un interminable silencio.

Que debió durar horas. Días. Semanas. Que pareció durar toda una eternidad.

Hasta que la voz cavernosa, quebrada, horrenda, de Tommy, pidió casi suplicante: —Sigue, Kevin. Sigue, por favor. Y dame tu palabra de que me leerás textualmente lo que hay escrito en esa cuartilla.

Afirmó ronco, con rabia difícilmente controlada:

—Sí…

—Te escucho.

Aclaró la garganta con sonoro carraspeo antes de proseguir:

> «… enamorada. Que me he vuelto a enamorar. De otro, sí. Seguro que dirás o pensarás, si es que después de leer conservas la calma, que mañana me podrá ocurrir con él lo que hoy me está sucediendo contigo. No… Tommy. Esto de ahora es diferente. Cuando te di mi palabra tenía quince años recién cumplidos y ahora voy a cumplir los veintiuno. La seguridad en mis sentimientos y en mí misma la he obtenido al alcanzar mi madurez como adolescente. A él, sé, estoy totalmente segura de amarlo con todas mis fuerzas, con toda la pujanza de mi corazón; lo nuestro, Tommy, no ha sido más que una ilusión de juventud. De todas formas espero que algún día sepas perdonarme el mal y el dolor que en este instante, sin desearlo, te— estoy causando. Y espero al mismo tiempo que encuentres a la muchacha honesta y dulce que sepa amarte como tú te mereces.
>
> También esta maldita guerra que empezó lo mismo que aventura esporádica, como algo sin demasiada trascendencia y que se prolonga inquietamente, ha sido en buena parte culpable de que se produzcan situaciones como la nuestra de ahora. Soy joven, Tommy, y debo pensar en mi futuro. En mi seguridad.
>
> No sé qué más decirte. Perdona y compréndeme, te lo suplico. ¡Ah!, eso sí, siempre seré tu amiga…»

Kevin abrió un breve lapso de silencio, terminando con acre acento:

—Y firma, BRENDA FRANCIS CONNORS.

Después, trémulo de rabia e ira, sintiendo un odio profundo,

ancestral... un odio fervientemente asesino hacia una mujer a la que no conocía pero que con aquellas letras despiadadas, crueles, se permitía la nocividad de sentenciar para siempre lo que *quedaba* de Tommy McBryan, estrujó la cuartilla entre los dedos de su diestra.

Una crispación apretó furiosa las facciones, ahora endurecidas, de su rostro. Luego, éstas se distendieron. Se relajaron. Y una extraña, inquietante sonrisa, pinzó sus labios al imaginar que no era la carta sino el cuello de Brenda Francis

Connors lo que estaba apretando, apretando, apretando... los dedos de su mano diestra.

Porque aquella víbora despiadada no se merecía otra cosa que morir... no se merecía más que la peor de las muertes. Morir con la misma angustia, con igual horror que acompañaría a Tommy McBryan el resto de su existencia.

Kevin se preguntaba, sintiendo rugir dentro de su pecho una hirviente inquietud, qué golpe habría sido más doloroso para el infortunado Tommy, ¿sentirse convertido en un monstruo por los restos o verse apeado para siempre del tren del amor que profesaba a Brenda Francis Connors?

Lo sorprendió la voz hueca, espectral, de su hermano, pronunciando, con estremecedora entereza:

—Tranquilo, Kevin... Sé lo que sientes.

¡Era como si Tommy tratara de consolarlo a él!

Prosiguió el de la faz oculta tras los vendajes:

—La vida es así, hermano. Se pasa veinte años siendo amable con uno y de repente se convierte en una máscara de horrores, en una mueca siniestramente burlona que se complace con golpes, a cuál más cruel.

—¡Perra del demonio!

—¿Te refieres a la vida, Kevin?

De una manera impersonal, anónima casi, como si hablara consigo mismo y respondiese a aquella pregunta convencido de que se la había efectuado la voz de su propio pensamiento, desgranó con amenazadora ominosidad:

—Me refiero a Brenda Francis Connors.

El que estaba en la cama, aquel cuyo rostro emulaba a las momias del milenario país de los faraones, se envaró sobre aquélla y con notable esfuerzo rompió su rigidez para doblar con mucha dificultad el cuello hacia adelante, hacia arriba, exclamando con registro que parecía surgir, rugir desde ultratumba:

—¡KEVIN!

Silencio total.

Absoluto.

—¡KEVIN!

—¿Qué...? —no era su voz, en verdad, la que había dejado escapar la boca entreabierta del sargento de Tas Fuerzas Aéreas estadounidenses, Kevin McBryan.

—Prométeme que no... QUE NO LE HARAS EL MENOR DAÑO A BRENDA. ¡Kevin! ¿Me estás oyendo?

Silencio.

—¡¡KEVIN!! Tú no tienes ningún derecho, el menor derecho, de hacerle daño a Brenda...

¡¡KEVIN!!

—Sí... ¿Qué quieres? Te oigo.

—¡Júralo! Júralo, te lo suplico.

Kevin McBryan, cuya faz seguía convertida en una extraña carátula de rictus confuso y confundido por la mescolanza de diferentes y tormentosos sentimientos, tardó en responder.

Tardó más de dos minutos.

—Lo... lo juro.

—¡Gracias!

Berkeley (California), junio de 1968

Los ojos avellana de Lyndon Newman al hacinarse tras vertiginosa espiral en el cuerpo pleno, exuberante, de pródigos y ardientes atractivos que adornaban en física explosión la persona de Brenda Francis Connors... las pupilas de Lyndon, decíamos, perdieron su tonalidad marrón para cobrar rojizos chispazos que acabaron por convertir los iris en diminutas esferas incandescentes.

Los ojos de Lyndon Newman ardían.

O era mejor decir, quizá, que en las pupilas de Lyndon Newman ardía el brasero de la lujuria.

Porque aquel brillo, aquel rojo incandescente, aquel ardor escarlata, era el resultado de los turbios pensamientos sexuales que hacían germinar en el cerebro del muchacho la prodigalidad carnal, los apocalípticos y fascinantes poderes físicos que exhibía Brenda Francis Connors.

—Te deseo, pequeña —le susurró sin ambages al oído, mordisqueando el pabellón con esmero, persiguiendo excitarla.

—A veces me preocupa tu manera de halagarme —se quejó ella con tímido reproche.

—¿Por qué, Brenda?

Se irguió en el asiento del coche como si una serpiente acabara de inocularle en el cuello todo su veneno.

—¡No me llames así, por favor! El... Tommy me llamaba Brenda. Y quiero olvidarlo. Quiero olvidar todo aquello que tenga que ver con Tommy porque sólo te amo a ti. Sólo a ti... —giró la cabeza de hebras

trigueñas para ofrecer su boca entreabierta, húmeda, a la boca ávida del hombre que la tomó en un rapto desesperado de necesidad de sorberla, para apropiarse hasta la última gota de la miel que destilaban aquellos labios carnosos, sensuales. Tras la explosión dijo ella, febril, jadeante—: Llámame Francis, te lo ruego.

—¿Por qué te preocupo, Francis? —miró al interior de las grises y rasgadas pupilas de la atractiva hembra.

Ella jugó en la comisura de sus labios con la puntita de la lengua y luego la deslizó por los de Lyndon en húmedo y excitante recorrido.

—¡Por favor, pequeña! —se quejó, satisfecho eso si, el muchacho, sintiendo que su lujuria emprendía un alocado *in crescendo*—. Repite eso y te poseo dentro mismo del coche.

Soltó ella una burlona e hiriente carcajada.

—¿Lo ves? —inquirió seguidamente, ante el asombro de su pareja. Repitiendo—: ¿Ves por qué me preocupa, Lyndon? Da la sensación de que sólo piensas en el sexo.

—¿Y eso es malo, Francis?

Frunció ella el entrecejo al tiempo que curvaba la boquita musitando con sutileza:

—Hummm... No sé, no sé. Bueno, pienso que malo no es. Mientras no se convierta en obsesión, claro.

Lyndon Newman se removió en la parte del asiento que ocupaba frente al volante del automóvil para pegarse todavía más a las carnes de la mujer.

Inquiriendo, con manifiesta intencionalidad:

—¿Te molestaría que tu cuerpo se convirtiera para mí en una auténtica obsesión?

Brenda Francis Connors ensayó justo entonces un gesto preñado de picardía estimulante. Un gesto que consistía en ahuecar los hombros, adelantándolos, para que entre el vestido y su piel se produjese un vacío intencionado que permitiera a través del amplio escote en barca contemplar una más que generosa porción de sus pechos jóvenes, erguidos, y de aquella canal sugestiva y sugerente que los distanciaba para hacer más patente aún su fuerza virgen, casi altanera, desafiante, y el impacto erótico que vivía en ellos.

Eran los de Brenda Francis Connors unos pechos en los que a la juventud y firmeza se unía la pujanza indómita, salvaje, de aquellos potros cuya belleza plástica, cuya estampa arrogante, se mostraba inalcanzable corriendo paralela a su narcisismo contemplativo.

El no pudo reprimir el deseo de deslizar los dedos por aquel vacío sugerente, aquel vacío que parecía hablar que invitaba a algo, dejando que sus yemas tamborileasen encima de los pétreos promontorios.

Brenda suspiró agradecida.

Pero cuando Lyndon pretendía retozar sus pezones, lo detuvo diciendo:

—No, por favor. No ahora. Ni aquí.

—¿Dónde, Francis? ¿Dónde...? —el muchacho trotaba ya a grupas de una excitación insostenible.

—Sólo me has dicho en una ocasión que deseabas casarte conmigo, Lyndon —terció, repentinamente, ella.

—¡Y es lo que más deseo en la vida!

—La vida se vive de realidades, amor. No de buenos deseos, promesas o esperanzas vanas. ¿Qué opina el señor Wallace acerca de tu propósito de casarte conmigo?

Lyndon la miró ahora con una nota de reproche en sus pupilas avellanadas.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto, Francis?

La chica había recogido la insinuación de su escote —tirando por la espalda de la tela y palmeando ésta sobre su pecho— ofreciendo ahora una expresión metódica y calculadora.

—Tiene que ver y mucho. Porque hasta hoy, el señor Wallace Newman a quien sus caudales y sus acciones petrolíferas en una importante compañía explotadora de Dallas parece habérsele subido a la cabeza, te ha *convencido* de que todas aquellas muchachas en las que ponías tu mirada eran muy poco para ti. Por lo visto, cree que sólo la hija de algún político de enjundia o la del propio presidente...

—¡No digas tonterías, Francis! —protestó él, cortándola—. Eso es ridículo.

—¿Pretendes convencerme de que yo soy la excepción ante los ojos exigentes de tu progenitor?

—¿Con quién quieres casarte tú... con mi padre o conmigo?

—¡Eso es una grosería, Lyndon! —exclamó la hermosa, deseable y joven hembra, amagando con abandonar el vehículo.

Newman la retuvo por la muñeca.

—¡Francis! —gritó. Repitiendo, nervioso—: ¡Francis! Juro... ¡juro que voy a casarme contigo!

Ella lo miró profundamente, luego de torcer la cabeza.

—Quisiera creerte —anunció.

—Veo que mi palabra significa muy poco para ti, Francis...

—Temo la influencia, nefasta influencia en tus propósitos románticos y sentimentales de...

—¡Olvídate de él, pequeña! —se quejó, con aire sincero. Significando—: Tengo mi propia personalidad y estoy decidido a asumir mis responsabilidades, aun a costa de tener que enfrentarme a él. Tienes mi palabra, Francis.

Siguió la mujer mirándolo con extraordinaria, inquietante fijeza. Luego, despacio, para que él se percatara de lo que pretendía, estiró

ambos brazos para pasar ambas manos alrededor de la masculina nuca, entrecruzarlas contra ella, atraerlo adelante al tiempo que, poco a poco, muy despacio, excitante como nunca, casi pérfida en su clamor sensual, separaba los labios dejando que un suave hilo de humedad los mantuviera unidos en la distancia, susurrando:

—Bésame, Lyndon. Lo necesito como nunca. Bésame... Bésame, te lo suplico.

Newman, que nunca se había distinguido por un quehacer brillante ni por una acusada personalidad y mucho menos por un dominio de sus emociones e instintos o ponderación de sus actos, perdió al instante las cartas de navegar y todo lo que había que perder.

Lo vio rojo.

Todo era rojo.

Ardiente.

Quemaba.

Y sólo pensó en poseer a Francis Connors.

Tras el beso que tuvo ribetes brutales, obscenos, que ella se encargó de elevar a las máximas cotas de la excitación, Lyndon, febril, atolondrado, se prestó afanoso a la tarea de desnudarla.

La muchacha no obstante, firme, aplomada y tal vez autoritaria, dijo:

—Aquí no, Lyndon.

Y al hombre se le ocurrió preguntar:

—¿En el cementerio?

—¿Estás loco, Lyndon?

—Loco... si. De deseo. De ganas de poseerte. Loco por hacer el amor contigo, Francis. El cementerio es el sitio ideal, pequeña. Los muertos no tienen por costumbre molestar a nadie.

La hembra sonrió prometedora. Susurrando:

—Macabro...

—Además —siguió Lyndon Newman, temblando de pasión a causa de que la mano izquierda de la chica se había posado sobre uno de sus muslos cosquilleándole con los dedos por encima de la ropa—, hoy es la fiesta de graduación de los universitarios y en cuanto se toman unos whiskys de más se dispersan por parejas buscando los lugares más insólitos para, para...

—¿Para *qué?* —interrogó ella con picardía.

—Para... *eso.*

—Y piensas que los lugares *estratégicos* donde en ocasiones has acudido con otras chicas estarán hoy ocupados, ¿no?

—Bueno...

—Y por eso propones el cementerio, ¿verdad?

—Verás...

—¿Por qué piensas que es un sitio tan bueno como otro cualquiera para hacer el amor con una chica como yo?

—¡No me lo pongas más difícil, Francis! —se quejó él sin atreverse a mirarla a los ojos—. Por favor…

Brenda Francis Connors, de repente, con violencia, volvió a colgarse del cuello de Lyndon. Y mientras le mordisqueaba los labios, susurró:

—Vamos al cementerio, amor. Estoy muriéndome de ganas…

—¡Francis!

Y mientras con el brazo derecho la apretaba contra él, puso con la zurda el vehículo en movimiento.

* * *

No era un cementerio, el de Berkeley, como los que solían adecuarse para los telefilms o películas de terror.

Tenía, incluso, visos de jardín.

Con alguna que otra glorieta.

Con algún que otro arriate y más de un cenador.

Con ramalazos artísticos también.

Con nichos por supuesto. Con edificios, bloques de cemento compuestos por nichos, cuyos inquilinos, claro, eran los muertos.

Porque un cementerio, por dádivas arquitectónicas y buen gusto que se derrochara en él, no dejaba jamás de ser un cementerio.

Hogar de los muertos.

Que ocupaban también sepulturas. Sepulturas, por supuesto. Con sus losas verticales u horizontales indicando nombres y fechas… y las cruces de hierro negro, o mármol, o piedra, rematándolas.

Había nichos abiertos… porque estaban vados, claro.

Y sepulturas sin losas porque no estaban ocupadas. Lyndon Newman señaló una de estas últimas luego de que hubieron ocultado el coche entre los arbustos y avanzado por la silenciosa oscuridad del camposanto, murmurando:

—Ahí dentro nadie podrá molestarnos. Ni vernos.

—Creo que te pasas, ¿no? Puestos a hacer, ¿no preferirías el interior de un ataúd?

—¡Francis! Ignoraba tu morbo… La ironía ha sido tétrica por demás. Yo lo decía porque resulta muy molesto que te interrumpan cuando estás a punto de…

—¿Tienes experiencias, al respecto, en tu haber?

—Estás brutalmente irónica, pequeña. Por favor… —Lyndon Newman, al que el tiempo parecía apremiarle, había deslizado la diestra por el flanco izquierdo de la chica para descorrer de un certero

tirón la cremallera lateral. Introdujo la mano por la abertura y pugnó con el elástico de la braguita para despojarla de ella, mientras se autoexcitaba—: El contacto de tus bragas me pone loco...

Brenda Francis Connors forzó un movimiento con la cintura y piernas para que la íntima prenda cayese sobre la grava del cementerio, mientras él, temblando de pasión, quemando en la hoguera del deseo, acariciaba con lúbrico frenesí el monte de Venus femenino.

Lyndon, luego, la libró del vestido. Y la propia Francis, pasando una mano a la espalda, dejó en libertad los corchetes del sujetador.

Y los pechos voluptuosos buscaron con desesperación un nuevo horizonte, respingando en el aire con aquellas sus coronas rosadas.

Ardían...

Los pechos de Francis.

Los dedos de Lyndon al robarlos.

Ardían...

Los dos ardían, Ella y él.

Brenda Francis, mientras él jadeaba y suspiraba, comenzó a desnudarse con lentitud premeditada.

Los cerebros de ambos estaban ofuscados de tal forma, obnubilados en aras de la pasión y el deseo, que los habían trasladado a otra dimensión alejándolos del real entorno, haciéndoles olvidar el sitio donde se encontraban...

El cementerio.

Y ellos estaban allí.

En el cementerio.

Estaban comenzando a hacer el amor en el oscuro y silencioso cementerio de Berkeley. Junto a una sepultura vacía.

Abierta...

El diálogo de los suspiros, jadeos y susurros cobró apasionada sonoridad en aquel ámbito de quietud.

Y en él se intercaló algún gritito de ella.

Alguna agitada petición de mayor placer. De total entrega.

Estaban los dos, lejos, muy lejos, lejísimos de allí.

Del cementerio.

Jadeando...

Jadeando en el cementerio, al borde de aquel rectángulo vacío destinado, en breve quizá, a contener féretro y cadáver... Jadeaban allí pero estaban muy lejos al mismo tiempo. Lejos psíquicamente. Perdidos en la lejanía que el pensamiento conjuntamente con la pasión había abierto en sus excitadas mentes.

Cabalgando como potros salvajes por el hipódromo de la lujuria en pos de la meta del orgasmo.

Por eso no percibían nada.

Absolutamente nada.

No captaban nada.

Nada que no fueran sus propias emociones.

Sus locas necesidades de placer.

Lo demás, no existía.

No...

No podía existir cuando amor, pasión, carne, deseo y placer se habían adueñado por completo de todos los sentidos.

Por completo.

Por eso no lo oyeron.

El crujir de la gravilla bajo las pisadas lentas, metódicas, reposadas incluso, de alguien que surgiendo de las tinieblas del camposanto avanzaba hacia ellos con reflexiva decisión.

Como estudiando cada uno de sus ademanes y movimientos, para efectuarlos después con siniestra seguridad.

Porque las pisadas eran siniestras precisamente por lo de lento y estudiado que había en cada una de ellas.

Hasta las botas eran siniestras.

Por su color negro opaco. Un negro mate. Sin brillo.

Como algunos ataúdes. Como el negro mismo del cementerio.

Eran unas botas enormes con doble suela de goma. Unas botas... *militares.*

Que seguían avanzando.

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

Que seguían haciendo gemir la grava, quejosa, lastimeramente, bajo el peso del cuerpo sostenido por las piernas cuyos pies caminaban embutidos dentro de las grandes botas con doble suela de goma.

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

Seguían avanzando, sí.

Hacia la tumba vacía al linde de la cual Newman y Brenda Francis gritaban ya, más que suspiraban, al compás de la brutal posesión que había hecho de sus cuerpos un solo cuerpo.

La penetración, la fusión había alcanzado un clímax casi animal.

Hervían...

Hervían cuando el orgasmo los cegó con su flash brillante, estrellado, al que luego seguía una total oscuridad.

Gruesas gotas de sudor bañaban sus cuerpos desnudos, acompasados en el juego del amor, comenzando a relajarse ahora.

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

Las botas proseguían su inexorable avance torturando la gravilla que aplastaba bajo sus suelas.

Que gemía...

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

No sólo ellas, las botas, sino el resto de la impedimenta de aquel

ente desconocido, misterioso, siniestro, que avanzaba metódicamente por la lúgubre oscuridad del cementerio, era militar.

Vestía aquel ser el uniforme de combate de un *marine* estadounidense.

Y llevaba un fusil en la diestra...

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

...con la bayoneta calada.

Era un pedazo de acero largo, limpio, bien cuidado y brillante, rectangular en su base, para acabar uniendo el filo azulado en una cúspide puntiaguda, afiladísima, larga, que simulaba la cúpula de un obelisco.

De un obelisco de muerte.

Era, sí, una larga y afilada bayoneta.

Una mortal bayoneta de la que surgían esquirlas, chispazos, cuando los sesgos de la luna asomaban tímidamente entre las nubes plomizas que ofrecían su techumbre a la necrópolis, impactando en el azul del acero para convertirlo en un azul cegador, chispeante. Azul de muerte, claro.

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

En lo alto de la siniestra figura que avanzaba haciendo sufrir la gravilla con sus grandes botas de gruesa doble suela, había un casco. Un casco de combate del que pendía, abierto a ambos lados del rostro, el barbuquejo.

Bajo el casco y envolviendo la cara de aquella siniestra criatura, una especie de pasamontañas de lana negra, de lana tupida, farragosa, impedía identificar, distinguir una sola de sus facciones.

Pero de todo aquello, de todo lo que hacía referencia a la figura expectante y espectral, erguida, que avanzaba despaciosamente triturando sin piedad los indefensos granitos de grava y empuñando el fusil de calada bayoneta, de agudo acero tan brillante como mortal; de todo aquello, decíamos, estaba ajena la pareja.

Ignorante.

Por completo.

Entregados de nuevo al segundo asalto de la pasión.

Ajenos e ignorantes a todo lo que no fueran sus ambiciones sexuales.

Y máximo en aquel preciso instante en que fuertes oleadas de éxtasis les hacían zozobrar de nuevo más estrechados que nunca, más abrazados, como si quisieran fundir sus carnes, meterse el uno en la otra por siempre jamás, al tiempo que se confesaban:

—¡Esto... esto es magnífico, Francis! ¡Sublime!

—¡Oh, Lyndon... Lyndon! ¡Qué placer! ¡Creo que me voy a volver loca! ¡Oooooh!

Y luego se produjo el silencio.

Tupido.

Denso.

Un quieto silencio.

Y en el interior de aquel silencio los dos se relajaron.

Se mecieron.

Mirándose al fondo de los ojos con muda y encendida elocuencia.

Y el silencio era tal y tan grande... que *ahora sí.*

Ahora lo escucharon.

El crujido. Y el otro crujido. Y el tercer crujido.

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

—¡Lyndon! —exclamó la muchacha, flagelado su cuerpo por un vivísimo espasmo de terror, apretándose, aplastando todavía más sus carnes incendiadas contra las de él—.

¿Qué... qué ha sido *eso*?

Newman, que también sentíase preocupado, quiso calmarla, mintiendo: —Yo no he oído nada, Francis.

—Ha sido un lamento —insistió la desnuda hembra—. Como un lamento... ¡El lamento de la grava al ser pisada! ¡Hay alguien aquí, Lyndon!

ÑIEAK... ÑIEAK... ÑIEAK...

—No, mujer, no. No... —pero había levantado la vista por encima de los hombros y cabeza de ella, que pugnaba por incrustarse en su torso, porque ahora Lyndon acababa de escuchar el crujido, el gemir lastimero, con toda nitidez.

Y vio algo, sí. Como una sombra. Preguntando estúpidamente—: ¿Hay alguien por ahí?

Silencio.

Y Brenda Francis Connors sacudida por un paroxismo histérico mordió la parte inferior del hombro derecho de él, haciendo rechinar sus menudos y nacarinos dientes.

—¡Francis! ¡Por todos los diablos, pequeña! ¡Me has hecho daño!

—¡Estoy muerta de miedo!

—Vistámonos y larguémonos de aquí. ¡Anda, muñeca, arriba! —exclamó él, alzándose con ella abrazada a su cuerpo.

Entonces una voz ronca y bronca, rota y quebrada, desagradable, espeluznante, estalló en las tinieblas rompiendo el silencio con un quejido macabro, rasgado:

—¡BRENDA!

La chica tuvo igual sensación que si acabaran de introducirle un par de agudos y afiladísimos alfileres en cada una de sus sienes.

Y como si una mano invisible, misteriosa, arrancara el nombre de su garganta letra por letra, pronunció con estupor:

—*¡Tom... TOMMY!*

—¿Tommy? —repitió Lyndon Newman, instintivamente,

arqueando las cejas.

Y al elevar las pupilas, lo vio.

Al soldado.

A la figura con casco y pasamontañas.

Con la bayoneta por delante.

Calada...

—¡NOOOOOO! —bramó con aullido lastimero cuyo eco desgarrado se perdió por las sombrías regiones del camposanto.

Y Brenda Francis, en movimiento reflejo, instintivo, emitió el desesperado grito de:

—¡Auxiliooooooooo!

Los ecos se perdieron por el propio túnel que trazaban en el silencio al horadarlo y un segundo después se produjo el crujido.

Pero este crujido tuvo una onomatopeya distinta al de las pisadas de aquellas botas grandes, de gruesa doble suela, que habían hecho sufrir la gravilla al avanzar el siniestro *marine* de la bayoneta calada.

RAAAAASK...

Había sonado como el rasgar, el romper y el atravesar, al mismo tiempo.

Porque la bayoneta, rápida y certera como un siniestro telegrama de muerte, había hendido en la espalda desnuda de Brenda Francis Connors, rasgando, rompiendo y atravesando su piel.

RAAAAASK...

El soldado de la muerte le dio un nuevo impulso a su bayoneta, bañada ahora en tibia y roja sangre, en sangre que surgía atropelladamente a borbotones... le dio un nuevo y bestia! impulso para ensartar al mismo tiempo, a la vez, la naturaleza de Lyndon Newman.

RAAAAAAAASK...

Una pincelada de horror se estampó en el rostro del muchacho al contemplar la frialdad que apretaba las facciones de Francis y la cristalina inexpresividad de sus ojos desorbitados.

Y aquella pincelada, tras un estremecedor...

—¡Aaaaaaaaah!

...se convirtió en trágica sorpresa cuando Lyndon se dio cuenta, se impuso de que la punta letal del acero había entrado en sus carnes y estaba horadando, barrenando su corazón atolondrado, obligándolo a abrir los labios para expulsar una tumultuosa bocanada de sangre que escupió contra las facciones crispadas de la muchacha. La bayoneta se fue atrás como una exhalación, dejando libres los cuerpos que ahora vomitaron salivazos rojos con mayor violencia todavía.

Y los ensartó de nuevo.

RAAAAAASK...

Y una tercera vez.

Mientras la sangre seguía surgiendo, explotando cual torbellino alucinante de espectacular rojez.

RAAAAAASK…

Al final, las gruesas botas de doble suela, a puntapiés, con brutalidad, enviaron los ensangrentados cadáveres al interior de la fosa en cuyo linde, cuando eran seres vivos y su vida le mecía la pasión, habían hecho el amor.

Luego, al cabo de pocos instantes, volvió a reinar un silencio absoluto. Un silencio de cementerio, claro.

Y la paz.

La paz que necesitaban los muertos para su eterno descanso.

Vietnam y EE. UU., julio de 1968

En algún periódico de Saigón y Hanoi, en más de un panfleto en ciclostyl del Vietcong y en los rotativos de mayor tirada de las principales ciudades norteamericanas, junto a la crónica habitual diaria —amplia y detallada en la mayoría de ellos—, de los más acreditados corresponsales de guerra acerca de los devenires bélicos del Vietnam, podía leerse la siguiente glosa:

«Ayer por la mañana, media hora después de haber despegado de un aeropuerto provisional situado en las inmediaciones de Khe Sanh, un DC8 de las Fuerzas Aéreas estadounidenses que trasladaba a Washington heridos y convalecientes, estalló en el aire quedando reducido a fragmentos, sin previo ataque de la aviación enemiga que justificara semejante tragedia. Se especula con la posibilidad de una maniobra terrorista del Vietcong…»

Se publicaba a renglón seguido la lista de cuantos habían muerto.

Intermedio
REGRESA LA SANGRE

Berkeley, California, finales de mayo de 1983

Timothy Monroe, sheriff de Berkeley, miró con rabia contenida a su interlocutor.

—Creo que estoy teniendo excesiva paciencia con usted, mayor Connors. Si persiste en sus intemperancias e insultos acabaré por olvidarme de que peina usted canas, de que es un militar retirado…

—¿Y también se olvidará, sheriff, de que soy un padre hundido en el abismo de la desgracia porque un maldito asesino se ensañó con el cuerpo joven de mi hija destrozándola a bayonetazos?

Timothy Monroe miró por el rabillo del ojo a su joven ayudante, el rubio Kyle Brown, como diciéndole: «¡La paciencia que se ha de tener con este hombre, compañero!» Después se encaró con el militar jubilado envolviéndole en una mirada que quiso ser comprensiva y cariñosa, una mirada que estuvo detenida y fija por espacio de varios segundos en el rostro ajado, rugoso, de Trevor Connors, en el que brillaban extrañamente, con fulgor demoníaco podía decirse, unos ojos muy abiertos y saltones, unos ojos de auténtico alineado… una mirada la del sheriff, explicábamos, que supo entender y justificar el mensaje de ofuscación y locura qué había en las pupilas rojizas del viejo militar.

Trevor Connors, era del dominio público, sufrió un grave shock tras el brutal asesinato de su hija Brenda Francis, del que nunca llegó a reponerse. Antes al contrario, con el paso de los años, los problemas mentales del hoy anciano militar se fueron agravando. La conducta psíquica de Connors tenía extraños baches, incomprensibles lagunas. Su última «genialidad», de tal forma la calificaban los habitantes de Berkeley, había sido vender su casa para trasladarse a un lóbrego e inhóspito caserón que se erguía en lo alto de una loma a dos millas y media al norte de la ciudad cerca, eso sí, del pensionado-residencia para señoritas que por aquellos entonces regentaba la socióloga y psicóloga, mistress Teresa Ann Streep.

Con la diferencia de que el pensionado se alzaba en si centro de un vergel paradisíaco, señorial, y la mansión adquirida por Connors lo hacía en el lugar idóneo que habría permitido filmar las más escalofriantes y morbosas escenas de terror.

Algunos aseguraban que Trevor Connors no era más que un viejo sucio y libidinoso, un obseso sexual, que había comprado la inquietante casona porque desde las ventanas de la parte sur, provisto de potentes prismáticos, colaba sus ojos en las habitaciones del

pensionado alcanzando hasta la intimidad física de las muchachas.

Los más sensatos o respetuosos descartaban esta última versión y sólo admitían como causa del traslado al deterioro psíquico de Trevor Connors.

—De ese triste y desgraciado asunto, mayor Connors, han transcurrido ya quince años…

—¡Para mí, como si hubiera sido ayer!

—…los suficientes no para haberlo olvidado pero sí para hacerse a la idea de su condición de irreversible —no se le ocurrió otra cosa más lógica a Timothy Monroe.

Trevor, congestionado por la ira, descargó un violento puñetazo en la mesa del sheriff.

—¡Fue un estudiante quien la asesinó! Un estudiante borracho que la deseaba, que estaba ciego de pasión por ella, y que al verla enamorada del infortunado Lyndon Newman comenzó a odiarlos profundamente a ambos. Aquella noche de la fiesta de graduación, borracho y celoso, los siguió hasta el cementerio, enloquecido al verlos haciéndose mimos y cariños y ensañándose con ellos en un crimen cruel y brutal.

—Eso no pudo probarse jamás —terció la primera autoridad policial de Berkeley—, Y me consta que mi antecesor en el cargo, hombre meticuloso hasta la saciedad, se tomó muy en serio el asunto investigándolo a fondo.

—¡Peter Harris no sabía ni donde tenía la mano derecha! —se encrespó de nuevo el viejo. Gritando aún más al proclamar—: ¡La fiesta de graduación de los estudiantes no debe volver a celebrarse!

Timothy Monroe —ocho años como sheriff de Berkeley, sustituto en el cargo del difunto Harris—, se puso en pie. Era un hombre recio y de firme personalidad, suave de maneras pero autoritario, de cara angulosa con facciones correctas, anchas, y expresión tolerante. Sus grandes ojos castaños chispeaban esquirlas conciliadoras. Monroe decía que dentro de un orden y partiendo del respeto hacia los demás, se podía realizar en esta vida todo aquello que fuese lícito. Y en esta realización no incluía ningún tipo de excepciones. Unos aseguraban que Monroe era democristiano mientras que otros apostaban por su ideología radical republicana. Debía de contar aproximadamente entre los 37 y 40 años, llevando 10 como residente en aquella ciudad californiana en la que habíase enraizado definitivamente.

—Escúcheme con atención, con mucha atención mayor Connors, porque sólo se lo voy a explicar una vez. De una sola, ¿eh? Entiendo su dolor como padre y trato de admitir que, pese al transcurso del tiempo, usted siga obsesionado por la muerte de su hija. Pero lo que no puedo admitir, entender, ni aceptar, es que usted, valiéndose de sus muchas amistades e influencias, obcecado ante la hipótesis absurda de

que el asesino de Brenda Francis fue un estudiante borracho en el día de la fiesta de graduación, haya conseguido a través de procedimientos reaccionarios y por espacio de 14 largos años prohibir esa celebración característica que se da en todos los núcleos universitarios. Usted, sin motivos, Trevor Connors, ha sojuzgado y amargado a los estudiantes de

Berkeley por espacio de casi tres lustros, pero eso… ¡se acabó! Este año y los sucesivos se celebrará la fiesta de graduación. He hablado personalmente de ello con el gobernador del Estado y está decidido.

Una crispación diabólica apretujó las arrugadas facciones del jubilado militar. Sus pupilas dieron la enervante sensación de que eran licuadas por un exprimidor infernal destilando al momento rojas gotas de furor asesino.

—¡Se arrepentirá de ello, sheriff! ¡Juro que se arrepentirá! ¡Usted y sólo usted, únicamente usted… será responsable de los horrores que puedan desatarse!

Y salió del lugar como un torbellino de desesperación dejando tras sí una estela de amenazadora duda. De inquietante alternativa.

El portazo estuvo en un tris de derribar el edificio.

—He obrado como creía en conciencia —dijo Monroe, mirando al rubiales Kyle. Y aún añadió—: Había que acabar con esa injusticia y punto.

—Los universitarios te lo agradecerán eternamente, Timothy.

—Las cosas se hacen por una razón o causa justa sin esperar parabienes ni recompensas —quiso inhibirse el sheriff.

—A nadie le amarga un dulce, ¡digo yo! —comentó el atlético ayudante. Preguntando de pronto, inesperadamente—: ¿Nunca llegó a descubrirse la identidad del asesino de Brenda Francis Connors y Lyndon Newman?

Negó el sheriff con la cabeza.

—Nunca. Yo no estaba aquí por aquel entonces pero Peter Harris me documentó con amplitud de tan luctuoso tema. Fue verdaderamente brutal, brutal por completo… —tras un breve lapso de silencio le hizo al rubio un amplio resumen de cómo le fueron a él contados los hechos. Prosiguiendo—: Harris era un hombre brillante, deductivo, y pese a las presiones del mayor Connors que lo instaba casi a detener la totalidad del censo universitario masculino, le llamó poderosamente la atención la circunstancia de que el forense, en su dictamen, se afirmara en el hecho de que las heridas que habían causado la muerte de Brenda y Lyndon procedían de un arma cortante que identificaba como una bayoneta militar. Pidió una exhaustiva comprobación a este respecto, determinando una inspección pericial que, en efecto, el arma utilizada por el asesino había sido una

bayoneta.

«Peter Harris siguió aquel hilo que había de llevarlo hasta Tommy McBryan, *marine* estadounidense destinado en el conflicto de Vietnam, prometido de Brenda Francis, la cual, recientemente, había decidido dejarlo para iniciar relaciones amorosas con Lyndon Newman, un tipo sin excesiva personalidad al parecer y con escasos valores, pero con una asombrosa cuenta corriente controlada por el creador de la misma, su padre.

—Se me ocurre pensar —lo atajó Kyle Brown frunciendo el entrecejo—, que Brenda dejó a McBryan por el dinero de Newman, o de su padre, que para el caso es lo mismo. Harris, consciente de ello, imaginó que el asesinato bien podía ser una venganza de Tommy McBryan. El despecho, la frustración, el verse menospreciado por ella, la bayoneta... todo conducía, aparentemente, a McBryan. Claro...

—No tan claro —sonrió el sheriff—, Y Harris tuvo ocasión de comprobarlo pronto. Tommy McBryan se encontraba internado en un hospital de campaña vietnamita porque una granada le había destrozado el rostro en un enfrentamiento con la guerrilla del Vietcong. No podía ser en modo alguno el autor material del crimen. Y de no haber estado tan gravemente herido, escapar de Vietnam sin permiso de sus superiores para llevar a cabo una venganza personal, lo habría puesto frente a un Consejo de Guerra cuya sentencia, amparándose en el estado de guerra, habría podido ser la de fusilamiento. Recuerdo que Harris me contó que en sus deducciones, tras la desilusión ante la imposibilidad de que Tommy fuera el asesino, había llegado a establecer la hipótesis de que alguien pretendía inculpar a McBryan, ignorando por supuesto lo de la bomba, con el detalle de la bayoneta; porque era inaceptable que aun habiendo podido ser él, Tommy cometiera la estupidez de emplear semejante instrumento siendo soldado y encontrándose en la guerra. Equivalía a firmar con su nombre y apellido, dada la súbita ruptura protagonizada por Brenda en las relaciones que la unían afectivamente a él, aquel macabro lienzo de sangre. Harris rechazó de pleno aquella posibilidad porque una evidencia imperdonable de aquel calibre no podía aceptarse como lógica en modo alguno. Y además, Tommy McBryan no había podido moverse de Vietnam. A Partir de ahí, mi predecesor siguió pensando en la teoría de que el verdadero asesino había pretendido involucrar a McBryan...

—¿Y después? —arqueó las cejas, interrogante, el joven auxiliar.

—Harris hubo de darse por vencido ante la falta de pistas y evidencias que lo condujeran a algo concreto, aunque... —tosió el sheriff como si censurase su propia inoportunidad, su falta de tacto al haber estado a punto de revelar algo que debía permanecer en silencio. Dijo, finalmente, tras la interrupción—: En fin, mejor será

olvidarnos de este asunto. Forma parte del pasado, es un episodio sangriento del pasado de Berkeley del que debemos inhibirnos.

Kyle Brown le envió con sus límpidas pupilas de azul transparente un mudo reproche.

Mudo al principio, porque exteriorizó después:

—Me tienes una confianza que da verdadero asquito.

¡Hombre! ¿Has de verlo así forzosamente?

—Ya me dirás cómo, si no.

Timothy Monroe sonrió conciliador.

—Vale... ganas. Pero te ruego que jamás comentes con nadie lo que voy a confiarte, ¿eh?

Hizo una cruz con los índices de ambas manos y besándola, dijo con cierta ironía:

—¡Por ésta! ¿No se dice así?

—Eres incorregible, rubiales. Si no fuera porque vales... A lo que íbamos. Harris me lo confesó de manera estrictamente confidencial, ¿sabes? Peter, descorazonado por lo que para él se había convertido en rotundo fracaso, o por su impotencia frente a los hechos de no conseguir desentrañar la identidad del asesino, concibió y rechazó las mil y una teorías, vio transcurrir horas, días, semanas y meses, elucubrando sobre aquel enigmático doble crimen y se le ocurrió, inesperadamente, de pronto, que el asesino podía haber sido muy bien el... *el propio Trevor Connors.*

Una mueca de estupefacción y hasta de dolor, como si acabaran de propinarle un tremendo puñetazo, se reflejó en el joven y varonil rostro del ayudante de Monroe.

—¡Cristo! —exclamó. Y no cabía duda de que la exclamación acababa de estallarle muy dentro del alma. Insistiendo—: ¡Menuda aberración! ¿Cómo se le ocurrió a Peter Harris sospechar del propio padre de Brenda Francis?

Timothy se acercó hasta su auxiliar depositando la diestra en el fornido hombro del muchacho.

Tras una suave sonrisa que se perdió por el ancho rostro procedente de sus labios, anunció:

—Debo confesarte que en aquel momento, como tú ahora, pensé que Harris estaba loco. O que su frustración lo había conducido hasta semejante crueldad... Pero luego de escuchar sus razonamientos hube de cambiar mi reacción inicial frente a lo que parecía una inhumana hipótesis. Aquí en Berkeley, por aquel entonces, se censuró con mucha dureza el comportamiento de la chica junto a Lyndon Newman luego de romper con el infortunado Tommy, del que he olvidado decirte que murió pocas fechas después en un trágico accidente aéreo...

—Lo he oído comentar, sí. El destino de ese hombre estaba marcado por el fatalismo. No es de extrañar que su pobre madre, la

señora Judy McBryan, esté desde entonces recluida poco menos que como una ermitaña.

—Cómo te explicaba —reanudó el sheriff sus explicaciones—, a Brenda se la acusó de prostituta, de entregarse continuamente a Lyndon con la esperanza de que éste la dejase embarazada y así poder atraparlo y atrapar su fortuna y otras lindezas por el estilo. La palabra golfa, puta y otros sinónimos de menor estridencia fonética fueron de boca en boca al referirse la gente a la utilización que de su cuerpo hacía Brenda Francis para conseguir matrimoniar con el hijo del millonario Wallace Newman. Tan acres censuras, tan acervas críticas, tan evidentes insultos, tan intolerante actitud de prácticamente toda la ciudad hacia la ética social que su hija había violado y vulnerado agrediendo la moral y buenas costumbres de una sociedad cómoda, convencional y hasta reaccionaria en el apartado sexual referido a la mujer, debió de ser muy doloroso para el mayor Trevor quien, en su fuero interno, también rechazaba con acritud el comportamiento de Brenda Francis. Ver su apellido arrastrado por el fango y cubierto de oprobio, saberlo objeto de continuo desprecio y vejación, pudo ofuscar al mayor... ¿Y si él siguió a su hija y a Lyndon aquella noche, cegándose al verlos copular en el cementerio? ¿Y si temió que alguien pudiera verlos en mitad de aquella sucia entrega, trastornándose con sólo pensarlo y...?

—Policialmente, debo reconocer que la hipótesis es válida —aceptó Kyle Brown.

—Ya te he dicho que lo mismo me sucedió a mí luego de oír los razonamientos del desaparecido Harris. Oye, muchacho... qué te parece si dejamos este asunto, ¿eh?

—*Okay*. Es agua pasada. Pero... pensando en la posible culpabilidad de Trevor Connors, me preocupa su actitud de hace un momento.

—¡Olvídalo, Kyle! Toda la pólvora del mayor se la ha gastado en salvas. Lo importante es que los universitarios van a tener de nuevo su fiesta de graduación y que yo, coma cada año por estas mismas fechas, tomaré mis... se dice «bien ganadas», ¿no? —sonrió mirando al apuesto y jovial rubiales. Continuando—: Tomaré mis vacaciones para largarme de pesca al campamento fluvial de Trouche’s en Arizona. ¡Qué veinte días me esperan! ¿O.K., compañero?

Brown, de pronto, frente a las últimas palabras de Monroe, ofreció en su rostro cordial de facciones agradables una preocupada expresividad.

Preguntando:

—¿Puedo ser sincero?

—Debes... Debes ser sincero. Ahora y siempre. ¿Qué ocurre?

—No me hace ni pizca de gracia que te vayas esta vez, Timothy.

El sheriff miró con genuina sorpresa a su joven auxiliar.

—¡Coño! —no pudo evitar el exabrupto como signo inequívoco de contrariedad. Inquiriendo—: ¿Por qué? —contestando él mismo pero entre interrogante—: ¿Te preocupa de veras Trevor Connors?

—¡No! —se apresuró a exclamar el otro. Titubeando, al desmentir parcialmente—: Y sí...

—Kyle Brown, Kyle Brown, ¿me estás oyendo?

—Sí...

—Tú no pretenderás... vamos, pienso que tú no puedes pretender aguarle las vacaciones a tu amigo del alma Timothy Monroe, ¿verdad?

—Sé lo que significan para ti esos días de pesca y de contacto directo con la naturaleza, compañero. Jamás me perdonaría... ¡y ahora siento muy de veras haber sido tan estúpido!

—Juro que no he oído nada. ¡Oye, hablando de todo un poco! ¿Qué hay de esa linda muchachita que estudia en el pensionado de mistress Teresa Ann Streep? ¿Vas en serio con ella?

—¿Te refieres a Ingrid Fox? —preguntó a su vez el rubiales como haciéndose de nuevas. El sheriff enarcó las cejas. Y siguiendo con aquel juego de interrogantes, inquirió:

—¿Debo saber su nombre?

—Creo que sí... que voy en serio con ella. Es una chica estupenda, Tim.

—Enhorabuena. ¿Te valgo como padrino de bodas, compañero?

—Cuando llegue el momento —hizo un gesto pícaro el rubio auxiliar—, ¿por qué no? — y antes de que el sheriff pudiese intercalar alguna nueva ironía, quiso saber—: ¿Cuándo te marchas, Timothy?

—Pasado mañana con el alba. Te dejaré el teléfono del camping por si tuvieras necesidad de contactar conmigo. Si no hay novedad me alojaré como siempre en el bungalow 107. ¿Qué te parece si ahora damos un vistazo a los asuntos pendientes que tengan prioridad o urgencia?

—Me parece perfecto, sheriff pescador.

—Menos coña y a ver cuándo aprendes a sostener una caña entre las manos.

—A mí, Tim, el pescado en la sartén, ¿vale?

—Ya... —estaba hojeando un dossier de plástico repleto de folios escritos, de pedazos de papel con apuntes, de sueltos, informes, etc. Alzó la cabeza y le dijo a su ayudante—: Que uno de los muchachos esté pendiente de Everett Murphy porque últimamente, cuando va a tope de alcohol, se pone muy peligroso. Hace unos días se cargó un par de lunas del supermercado Country. ¡Y mucho ojito con Stallone!, ¿eh? Va de «camello» por Los Angeles y San Diego. Si lo trincas oliendo a yerba lo «empaquetas» y se lo pasas al juez Abbot.

—¡Vale, vale ya, programador electrónico!

Berkeley, California, primeros de junio de 1983

El mundillo estudiantil de la ciudad, casi mayoritario en censo, andaba revuelto.

Eufórico y revolucionado para ser más exactos.

No era para menos, desde luego.

La actitud bullanguera y jocosa de los universitarios estaba harto justificada. Tras quince años de dictatorial oscurantismo impuesto por Trevor Connors —así definía más de un graduado la trayectoria autocrática del viejo militar—, con la inaceptable justificación del asesinato perpetrado en su hija, la enérgica actuación del sheriff Monroe les devolvía algo tan suyo como era la fiesta de graduación.

Que todos estaban dispuestos a que fuera sonada.

Y alguien con quien no contaba el movimiento estudiantil estaba dispuesto también a que, además de sonada, fuera sangrienta.

Aquel feliz año de 1983 en el que se reanudaba en Berkeley tradición tan secular en todos los focos universitarios del país, se había dispuesto que la fiesta de graduación tuviera tres escenarios: el paraninfo de la propia universidad, el antiguo casino militar y el vergel paradisíaco que componía los jardines que daban marco y cenefa al pensionado residencial dirigido por mistress Teresa Ann Streep.

Precisamente hacia este último se había dirigido alrededor de las once de la noche el sheriff en funciones de Berkeley, Kyle Brown.

Porque allí lo esperaba, ansiosa, inquieta, la bellísima Ingrid Fox. Que hubo de dominar sus apetitos de lanzarse al cuello del uniformado policía y devorar su boca sensual, porque la directora del pensionado no había tenido mejor idea que situarse entre la verja de entrada y el amplísimo arriate convertido en improvisada pista de baile, con la excusa de dar la bienvenida a cuantos fueran haciendo acto de presencia en aquel entorno.

Teresa Ann Streep, que encajaba a las mil maravillas en aquel dogma de que el diablo sabía mas por edad que por su condición infernal, tenía unos conocimientos mundanos muy superiores a los de las ratas coloradas.

El policía la saludó con el protocolo debido.

—Buenas noches, mistress Streep —y se inclinó al tomar, la mano que ella le tendía con ademán recoleto, como si fuese a besarla.

Ingrid, al lado de la directora, botaba. Y casi trinaba.

Masculló, entre sus menudos y brillantes dientecitos:

—Vieja bruja. Calentona insatisfecha... —y en voz alta—. ¡Hola, Kyle! La señorita Teresa Ann ya estaba extrañando tu tardanza.

Teresa Ann Streep que estaba apergaminada lo mismo que un legajo notarial ochocentista forzó un rictus de censura.

—¡Por favor, Ingrid! ¿Qué pensará su prometido? Porque estáis prometidos, ¿verdad?

—Algo por el estilo —sonrió él. Y tomando a Ingrid de un brazo se la llevó lejos de allí, al tiempo que musitaba mirando a la calcomanía vestida de gris-marengo—: Con su permiso, mistress Streep…

—Pórtense bien, pareja. Con mutuo respeto. Con corrección…

—Lo procuraremos, señorita Teresa Ann —sonrió Ingrid enseñándole su reluciente y nacarina dentadura. Susurrando por lo bajo—: ¡Bruja! Lo que darías tú por pegarte el filete con un tío como…

—¡Nena! Cierra tu linda boquita. Te oirá.

—No lo creas, bonito de Ingrid. Además de menopáusica amargada, está medio sorda.

—¡Ingrid! ¿Desde cuándo empleas tú ese lenguaje?

Caminaban por un sendero del amplio vergel, estrecho y entre lujuriosos y elevados arbustos de tupidos penachos que les brindaban protección y complicidad. Ingrid aprovechó la feliz coyuntura para hacer un fulgurante sesgo y abarcar con ambas manos la nuca del policía, obligándolo a bajar la cabeza hasta el punto exacto donde le aguardaban, febriles y ávidos, carnosos y húmedos, los dulces labios de la hembra. Kyle se embriagó con el sabor de aquella boca que se le ofrecía dócil y exigente a la vez, estrechando con fervor el cuerpo pleno y vibrátil, sensual y ardoroso, de aquella pequeña maravilla que se llamaba Ingrid.

Notó Kyle el estallido de aquellos pechos duros, rígidos, contra su tórax y la nube de deseo flotó frente a sus ojos azulados, enturbiándolos ligeramente.

Sólo el hecho de estar de servicio evitó lo que en otras circunstancias hubiese sido inevitable.

—Te adoro, Kyle. Pero tengo miedo.

Ante aquellas palabras de la bellísima Ingrid y sin saber con exactitud el porqué, quizá por una extraña asociación de ideas que no tenía que ver con lo que estaban hablando, algo frío y estremecedor recorrió en zigzag inquietante el espinazo del sheriff en funciones.

—¿Miedo…?

—Sí. De ser sólo un pasatiempo para ti, Kyle.

—¡Ah! —exclamó él con un suspiro de alivio—. ¿Es eso?

—¿Pues qué te figurabas?

La miró con largueza y en profundidad.

A la propia natura, madre creadora de aquella maravilla femenina, debía producirle asombro y envidia la perfección geométrica de las curvas y rotundidades de Ingrid, el aplomo

encantador de sus quiebros tan musicales como el canto de la oropéndola, la estrechez inverosímil de su talle, el trazo moldeado de aquellas caderas de ánfora egipcia, la línea esbelta de sus torneadas piernas, la explosión vital y violenta que protagonizaban sus pechos cuyas coronas esponjosas y pétreas a la vez estaban evidenciadas en la tela, incrustadas en ella, porque aquellos senos fantásticos no precisaban sujetador... la naturaleza debía de estar asombrada, desde luego, por haberse atrevido a engendrar aquel rostro hermoso, perfecta simbiosis de ingenuidad y picardía, poesía sublime de pasión y recato. Porque la faz luminosa de Ingrid Fox poseía la virtud de conjugar al mismo tiempo, desde el fondo de sus pupilas azabache, el candor y la insinuación, cantando la picardía con su nariz respingona, vestíbulo de una boca de fresa donde el amor estaba inserto en cada una de las grietas carnosas, de los pliegues rojos de sus labios voluptuosos y sensuales.

Tras el profundo y reverente estudio, Kyle acarició aquella cabecita de cabello recortado al estilo afro, susurrando intencionado:

—Creí que tenías miedo de que te amara, violento, aquí y ahora.

—¡Eso me encantaría, sinvergüenza con pistola! Aunque sé que algún día me olvidarás.

—Cuando me muera.

—¡No digas eso, Kyle!

—Y tú no sigas diciendo otra clase de tonterías. Te quiero y lo sabes. Así, que no vayas a darme la noche, ¿eh?

Cerca de ellos la orquesta atacó los primeros compases de un pegadizo bolero que llevaba en sus notas la lúbrica impronta de un amor apasionado.

—¡Sí que te voy a dar... —exclamó ella—, con besos!

Y eso.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó alguien detrás de la pareja que estaba envuelta en la telaraña dulzona del beso ardiente. Preguntando acto seguido—: ¿Ves lo que yo veo, señorita Tuesday?

—Veo lo que tú, señor Elijah Anderson —le contestó una voz femenina de matiz musical.

—¿Y estamos viendo a la recatadísima y «estrechísima» Ingrid Fox, de los Fox de Connecticut, dándose el pico a mansalva con ese poli que tiene reputación... que viene de «re», de «puta» y de «ción», de empedernido mujeriego. ¿Es eso lo que estamos viendo, señorita Tuesday Bridges?

—Es eso exactamente, señor Elijah Anderson. Pero como podrás observar, ellos, la señorita Fox de los Fox de Connecticut y el señor sheriff por unos días, «pasan» mucho de nosotros y de nuestro evangelio moralizador.

Cierto. Muy cierto. Ciertísimo. Porque Ingrid y Kyle seguían

entregados a la fusión de sus bocas sin importarles un ápice lo que estaban oyendo. Lo mismo que si no escuchasen nada.

—Tienes muchísima razón, mi docta señorita Bridges. Y ello me hace pensar en la urgente conveniencia de requerir el apostolado costumbrista de mistress Teresa Ann Streep. Cumplamos con nuestro deber y antes de que el pecado prospere en las almas de esos infortunados que se refregotean sin pudor ni recato, ve a buscarla, Tuesday.

—Sí, señor Anderson, iré.

Entonces se descolgó Ingrid del cuello del policía, girando sobre los agudos tacones de sus zapatitos blancos y jugando con el ceñido jean-short, mirándolos con ojos sonrientes y danzarinos, palpitando sus pechos erectos y aguerridos a causa de la agitada pasión que los estaba meciendo en el interior de aquella cárcel color naranja en que había parecido convertirse la blusa sin mangas.

Murmurando cáustica:

—¿Pero vosotros no os habíais muerto? ¡Vale que sois un coñazo de pareja!

—Somos el azote de la morbosidad lúbrica —anunció Elijah Anderson, estirándose cómicamente para adoptar la intransigencia moral de los predicadores oscurantistas—, los exterminadores del íncubo, el diluvio que abatirá la pecaminosa cosecha humana pródiga en incesto, ubérrima en lujuria...

—¡Sois la leche! —exclamó Kyle Brown para perderse después en sonoras carcajadas. Tuesday Bridges, entonces, le rindió su boca sensitiva al falso moralizador, que usó y abusó de lo lindo.

—¿Ves lo que yo, señor Brown? —inquirió ahora Ingrid.

Se deshizo el beso y las dos parejas pasaron a intercambiarse cariñosos abrazos.

—¿Por qué no venís a bañaros con nosotros, Kyle? —preguntó Elijah.

—Estoy de servicio, amiguete —contestó el rubiales. Explicando —: Las vacaciones de Timothy me han jorobado esta primera fiesta de graduación tras quince años de abstinencia.

—¡Bah! —exclamó Tuesday con desdén—. Olvídate del puñetero servicio. ¿Es que no hay más policías que tú en Berkeley? Además, ¡aquí nunca pasa nada!

—Me gustaría tanto como a vosotros, pero los ciudadanos me pagan por algo, ¿no os parece? Que vaya Ingrid si lo desea.

—¡Sí hombre! Y les amargo el pastel a este personal, ¿no? ¿Piensas que sólo van a remojarse la piel, Kyle?

El policía notó fluir un calorcillo en sus mejillas que confirió a las mismas dos círculos de rojez.

—Tampoco hay que ser tan concreta, muñeca.

—Estas —sonrió burlón Elijah—, desde que se han liberado y despojado del sostén, presumen de sinceridad hasta para ponerse las bragas.

—Tú bien prefieres que me las quite, ¿no? —se intercaló Tuesday.

—Cuando las llevas… —encogió los hombros el joven Anderson. Protestando a continuación—: ¡Jo que estáis pesadas con lo del sexo!

—A mí me vais a disculpar pero tengo que largarme, familia —dijo el rubio policía.

—¿Y no volveré a verte en toda la noche? —se quejó Ingrid con un gesto de manifiesto fastidio.

—Espero poder acercarme de nuevo aquí alrededor de la una, preciosa. Y dispondré de media hora para dedicártela por completo y para…

Tuesday Bridges tiró de Elijah atrapándolo de un brazo.

—Pues nosotros nos vamos ya mismo a mojar los mofletes pareja —dijo con sonrisa sicalíptica.

—En ninguna de las piscinas del pensionado disfrutaréis de la paz apetecida —anunció Ingrid Fox, dirigiéndose a su amiga y compañera de estudios—, ¿O no lo sabes, cielo de él?

—¿Y a ti quién te ha dicho, tormento del señor Kyle Brown, muy rubio y muy guapo él… que nos dirigimos a una de las piscinas de este «sanatorio mental»?, ¿eh? —inquirió, irónica a tope, la otra.

—¿Entonces? —quiso saber Ingrid, abiertos sus ojazos negros, en arco sus depiladas cejas.

—Vamos a bañarnos a la residencia de los Aldrich, preciosa. Están de viaje por Europa… Es muy fácil colarse en el jardín y por éste a la piscina. Piscinas, porque tienen dos.

—¡Dos piscinas! —fingió horrorizarse Elijah Anderson. Exclamando—: ¡Hay que destruir el imperialismo, camaradas! Unos con dos piscinas y otros bañándose con una regadera… ¡hay que hacer la revolución!

—No he oído nada hermanos, nada. Nada, ¿eh? —anunció el sheriff interino. Matizando—: Porque de haber escuchado ciertas teorías marxistas o ciertos intentos de baño subrepticio, sería mi obligación deteneros por atentar contra las estructuras del sistema y por intento de allanamiento de morada.

—De piscina, de piscina —lo corrigió Elijah.

—¿Pero tú no te ibas? —fue mordaz el interrogante de Tuesday. Y definitivo el siguiente—: ¿Qué haces todavía aquí?

Kyle consultó al punto su reloj de pulsera.

—¡O.K.! —exclamó, despidiéndose sobre la marcha tras besar los labios de Ingrid.

—Si quieres venir con nosotros de verdad que no nos estorbas,

muchacha. ¿Te animas?

—preguntó a la del pelo afro su jocosa y simpática compañera.

—Tendría que subir por el bañador... —argumentó como lógica excusa Ingrid.

—¿Es que no llevas bragas? —entró al ataque el joven Anderson. Puntualizando—: Si llevas, puedes bañarte en...

—¡Elijah! —lo recriminó su pareja—. Ya está bien, ¿no?

—¡Vale, vale! Que no puede uno ni gastar una broma. Y luego vais por la vida de liberadas y demócratas. ¿Vienes o no, Ingrid?

—Id vosotros. Yo me quedo aquí hasta que vuelva Kyle. Gracias de todas formas.

—Como quieras —se encogió de hombros Tuesday.

* * *

La residencia de los Aldrich, geográfica y a la vez geométricamente, hubiera sido el vértice de trazarse un ángulo agudo de unos 60 grados entre el pensionado-residencia dirigido por mistress Teresa Ann Streep y el caserón que habitaba en la actualidad el excéntrico, desequilibrado y dictatorial mayor Connors.

Ocupaba aquella señorial quinta de recreo una vasta extensión de terreno rodeado de fragancia, arboleda y verdor. Circundaba lo que podía considerarse como cuerpo central de la construcción, compuesta de planta y un piso, el lujuriante jardín con amagos de ordenada selva en un amplísimo claro de la cual se abrían las dos piscinas a que aludiera Tuesday Bridges instantes ha.

Una de ellas obedecía a los más estrictos moldes del clasicismo: era perfectamente rectangular; la otra, más sofisticada, componía un perfecto y equilibrado «8».

—No llevo bañador —susurró la muchacha, apretujándose contra Elijah, al amparo de la concupiscente complicidad que les brindaba el negro color de la noche.

—Pero llevarás...

—Tampoco, amor. ¿Ruborizado?

—Excitado diría yo.

—Tendrás que desnudarme, Elijah. Es lo que procede en estos casos, ¿no te parece?

—Será un verdadero placer, señorita Tuesday.

Fue tarea gratificante, sí, dejar libre de ropa el lozano cuerpo de la hembra. Los ojos del muchacho chispearon atiborrados de libídine al recibir, lo mismo que si de un flash cegador se tratara, el impacto agresivo, brutal, de los pechos altivos y pujantes de la muchacha.

Quiso hacerse el amo de ellos, capturarlos entre sus labios y

gozarlos con fruición, cuando Tuesday, dando un veloz y alegre giro sobre sus desnudos talones, voló hacia adelante trazando en el aire una grácil parábola llena de estilo que la llevó a introducirse como una sirena mítica, de cabeza, en el «8» acuoso.

Cuando emergió en la superficie azulada y sinuosa su testa, esponjando el mojado cabello, preguntó:

—¿Vas a quedarte ahí hasta el día del juicio, o qué?

La miraba, embobado.

—Eres una provocadora cruel. Satánica, ¡pero estás tan buena!

—Ven entonces. Ven... —agitó ella la diestra instándolo a que se lanzara al agua.

—Espera —repuso—. Y extendiendo el índice hacia el cobertizo con maneras de minúsculo bungalow que se alzaba en diagonal a la piscina y hacia la izquierda del edificio central, anunció—: Voy a ver si encuentro allí un par de toallas. O una por lo menos. La última vez que vinimos creo recordar que...

—¡Tonto! Me han dicho que hacer el amor con el cuerpo mojado es placer de universitarios.

—Soy muy clásico para esos menesteres, querida. Buscaré las toallas.

Se alejó hacia el cobertizo.

Como suponía, la puerta estaba abierta.

Los Aldrich sabían que era fácil colarse en su jardín y por eso obviaban las trabas para los furtivos en lo que de su propiedad quedaba al aire libre. De esta manera reducían al mínimo la ira de los subrepticios visitantes a quienes los excesivos obstáculos hubieran llevado, seguramente, a romper la puerta o los cristales de las ventanas de aquel menudo bungalow que venía a cumplir las funciones de cuarto trastero.

La casa sin embargo, el edificio central, estaba protegido por un segurísimo doble sistema de alarma, uno de los cuales estaba directamente conectado con la oficina del sheriff. Algunos aseguraban que dentro de lo que era la vivienda funcionaba un cepo electrónico de alto voltaje que generaba y despedía peligrosas emisiones eléctricas, cubriendo, en laberíntico entramado, la total superficie habitable, que hubiera puesto en serios apuros la integridad física de cualquier amigo de lo ajeno.

Elijah Anderson entró en el cobertizo, tanteando el bastidor de la puerta en busca de la llave eléctrica.

Le dio la vuelta a la misma, tras palparla, pero aquel recinto siguió en completa oscuridad.

—¡Vaya! —se lamentó—. Seguro que cuando se marchan interrumpen el suministro eléctrico a este chamizo desde el contador de entrada. ¡Jo, qué coñazo! Y ahora, para postres, que no lleve

cerillas.

Buscó en los bolsillos, escapando un suspiro de alivio de sus labios al encontrar una cajita de fósforos que agitó en el aire para asegurarse de su contenido.

—Menos mal…

Durante un espacio de tiempo fugaz, infinitesimal, apenas existente… Elijah Anderson tuvo la sensación de que una tímida ráfaga de aire caliente se estrellaba de lleno en su rostro.

Fue lo mismo que si se sintiera turbado y unas manchas de rubor hubiesen aparecido sobre sus mejillas, caldeándolas.

«¡Qué tontería!», pensó.

Acababa de extraer una cerilla y se disponía a frotar la cabeza de ésta, a tientas, contra el rascador, cuando volvió a experimentar aquella fugaz y súbita sensación.

Pero ahora la identificó de otro modo.

Había sido o *era… era igual que si alguien estuviese respirando contra su faz.*

Aquel calor inesperado, otorgaba la certeza de proceder de un hálito humano.

De forma instintiva dio un paso atrás.

¿Quizá uno de aquellos trashumantes a quien la gente denominaba peyorativamente mangantes, que iban de pueblo en pueblo con una bolsa mugrienta al cuello, hecha la ropa jirones, descalzos algunos, botella de vino o cerveza para aliviar la soledad, vacíos los bolsillos, que se echaban a dormir en el primer lugar que les ofrecía unas garantías mínimas de cobijo?

De nuevo la ráfaga de tímido calorcillo se estrelló sobre sus facciones.

Elijah Anderson, puede que sin una razón demasiado concreta o quizá por demás concreta, sintió miedo.

Un fugaz estremecimiento circuló como un rayo, veloz, por su anatomía, al tiempo que daba un segundo paso atrás.

Su espalda chocó contra la pared interior de la puerta del cobertizo produciendo un sonido apagado.

Quedo sonido.

Inquietante.

—¡Si hay alguien ahí… que lo diga!

Y tras la exclamación estuvo tentado de salir a escape del mini-bungalow en funciones de cuarto trastero.

No habría sido muy brillante que Tuesday lo viera correr como alma que lleva el diablo.

La tibia y cálida bofetada se produjo por cuarta vez encima del rostro de Elijah Anderson. Pánico ahora.

Tenía pánico.

Y zozobraba incluso.

Con dedos temblorosos a los que acompañaba cual coro de una melodía espectral el castañetear de sus dientes, prendió la cerilla.

Una tenue lucecita, oscilante, pretendió rasgar la atmósfera de negruras y terror que rodeaba, envolvía al muchacho.

Que lo asfixiaba.

Trató de extender la mano hacia adelante para penetrar con la insegura llama más hacia el epicentro de aquella espiral de tinieblas.

«Lo mejor será... lo mejor será largarse de aquí echando leches», se aconsejó con excelente criterio. «¡Que Tuesday piense lo que le dé la real gana!» La ráfaga cálida, la inquietante ráfaga apagó el fósforo.

Prendió otro casi de inmediato, iniciando al tiempo una prudente retirada.

«¡A la mierda con las toallas!»

Iba a girar en redondo disponiéndose a abrir la puerta, cuando vio el bulto.

O creyó verlo.

Sombra entre sombra.

Impuso la curiosidad su ley y Elijah, tirando la cerilla que ya quemaba la yema de sus dedos, rascó otra.

—¿Quién está aquí?

Silencio.

Sufrió una veloz oscilación la insegura llamita, desplazándose hacia la izquierda con su tímida claridad, a consecuencia de la corriente de aire creada por la sombra al moverse centelleante.

Como una exhalación.

Se apagó la lucecita.

Elijah, aterrado y obsesionado a la propia vez, encendió el cuarto fósforo.

Luz.

Sombras siniestras formando espectrales arabescos.

Sombra...

¡Era un ser humano!

¿Humano...?

—¿Quién es usted?

Silencio.

Iba vestido de soldado, si. De *marine* para ser más exactos. Abierto el barbuquejo que colgaba a ambos lados del conjunto oscuro e impenetrable que debía ser su rostro, procedente del casco... y bajo éste algo así como una máscara de lana negra que era lo que realmente impedía escrutar sus facciones.

¿Había acaso facciones bajo aquel casco militar? ¿Se escondía de veras un rostro en el interior de aquel envoltorio siniestro de lana?

Ambos interrogantes estallando en todos y cada uno de los

rincones del cerebro de Elijah Anderson, le helaron la sangre en las venas.

La cerilla, esta vez, cayó de los dedos del muchacho, apagándose mucho antes de llegar a tierra.

Y su fugaz luz, mortecina por demás, antes de fundirse con la oscuridad total, le permitió percatarse de que la aparición, el avieso *marine* empuñaba firme y decidido, con la diestra, una horca[1] cuyas púas apuntaban hacia su cuerpo.

En aquel momento y procedente del exterior se escuchó la voz de Tuesday, exclamando:

—¡Elijah! ¡Pero bueno...! ¿Puede saberse qué estás haciendo ahí adentro?

Un sonido gutural que fue causa de que él mismo se estremeciera, como estremecido, apretado lo tenía el intenso terror que se adhería a su cuerpo cual maligna humedad, se gestó en la garganta del joven Anderson siendo emitido a continuación por sus labios.

Quería gritar...

La horca, en manos del macabro personaje, se fue atrás, hacia el interior de la oscuridad, para asomar unos segundos después con fuerza, violencia, segando las negruras sus púas de hierro oxidado para irse contra la anatomía de Elijah Anderson con paroxístico furor.

El muchacho no llegó a enterarse de que acababa de clavarlo contra la madera de la puerta.

Aquel siniestro entomólogo de muerte, aquel asesino de botas grandes de doble suela gruesa, casco y horca, lo había convertido en una mariposa humana incorporándolo a la colección del más allá.

Elijah Anderson, muy quieto y muy hincado en la puerta, tenía los ojos terriblemente abiertos.

Como si de un momento a otro fueran a salir disparados.

Un espasmo postrero le hizo contraerse, convulsionarse entre las púas que lo mantenían aferrado en la madera, y entonces se abrieron sus labios de par en par, escupiendo torrentes de sangre, vomitando un verdadero diluvio de líquido escarlata.

Justo cuando la sensual muchacha de encantos plenos y desnudos gritaba, preocupada, desde el interior del «8» azulado:

—¡Elijah! ¿Es que vas a quedarte ahí toda la noche? ¡Olvídate ya de las toallas!

Silencio.

Total y absoluto silencio.

—¡ELIJAH...!

Tuesday salió de la piscina esponjando su chorreante melena oscura para avanzar más sensual que nunca, más ondulante, con las gotitas de agua perlando su epidermis, brillando como estrellas

refulgentes encima de su excitante anatomía, hacia el cobertizo.

—Me parece que tú tienes muchas ganas de jugar, muñeco, ¡Si te conoceré yo!

Al plantarse frente a la puerta de aquel pseudobungalow, Tuesday la abrió sin pensárselo dos veces, diciendo:

—Aquí hay una mujercita que tiene muchas ganas de... Se calló.

Del todo pero con la boca abierta aún.

Muy abierta.

Como si no se creyera lo que acababa de suceder.

Y entonces aulló:

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!!!

* * *

El grito, alarido espeluznante que acababan de radiar los labios abiertos y crispados de la chica, pulverizó los entornos de la cordura, adentrándose como un barreno demencial en las coordenadas alucinantes de la insania, en los abismos dantescos de las hogueras del infierno.

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!!! —repitió, arañándose la cara.

Le había caído encima.

Se abrazaba al suyo...

El cuerpo sin vida de Elijah Anderson, cual macabro muñeco de vudú alfiletereado, cuyas cabezas relucientes no eran alfileres sino los chispazos rojizos que transpiraba su piel, se colgó siniestro del cuello de Tuesday escupiendo lava escarlata contra el rostro de ella y mirándola desde otra dimensión con unos ojos fijos y grandes, vidriosos, espectrales, como pidiéndole desde el silencio de la muerte que le explicara el porqué de aquel cúmulo de horrores.

Unas náuseas imperiosas estrujaron el estómago de la desnuda criatura de pródigos encantos y una arcada alzó hacia la garganta biliares residuos que llenaron de amargo sabor su paladar.

Llorando y babeando empujó como pudo el cuerpo inerte, el manojo de carne sangrienta que seguía empeñado en estrujarla, profiriendo un angustioso bramido al conseguir deshacerse de él.

Giró, llevándose otra vez las manos al rostro para arañarlo de nuevo, cautiva de la histeria, enloquecida, intentando la carrera que la alejara de allí.

Tropezó con algo...

—¡¡AUXILIOOOOOOOOOOO!!

Hubo de quitar los dedos de su cara.

Y sus pupilas captaron la mole enorme, aviesa, asesina, que le

mostraba en lo alto, centelleante bajo la luna mórbida de lechosos reflejos, una hoz grande.

Muy grande.

—¡¡SOCORROOOOOOOOO!!

Aquel cuerpo nacido de las sombras cobró una aviesa movilidad y de un salto quedó a espaldas de la aterrorizada joven quien, por momentos, perdía la conciencia y con ella la noción de aquel tobogán de horrores que le estaba cayendo encima.

Pasó *él* a su espalda. Aquel bulto informe quizá, bestial, que no había sido capaz de identificar.

Pero el brillante acero de la tétrica hoz, de canto, quedó bajo las pupilas enloquecidas de Tuesday Bridges a escasos centímetros de su garganta.

Los ojos de la muchacha se detuvieron como independientes del resto de su persona. Hipnotizados por aquellos chispazos de refulgente azul.

Y no dijo nada.

Nada.

Ni cuando el acero se fue unos milímetros atrás buscando la fuerza necesaria, brutal, para venir luego hacia adelante... *hacia su garganta.*

Fue un solo tajo.

Preciso.

Certero.

El que hizo caer a tierra con siniestro y apagado eco, arrancada de cuajo, la cabeza de Tuesday Bridges... de la que colgaban cartílagos y jirones de carne ensangrentada.

Dio vueltas en la superficie marrón ribeteada de verde como siniestra peonza debatiéndose entre la vida y la muerte, hasta quedar definitivamente inmóvil mientras el cuerpo de la muchacha, mutilado, horrendo, emprendía una diabólica carrera en la que se interpusieron, de súbito, las púas de una horca enervante, deteniéndola, atravesando sus pechos lúbricos y húmedos, ensartándolos, alzando al aire aquel pedazo de carne que trotaba sin cabeza para estrellarlo finalmente contra el suelo.

La luna absorbió los rojizos destellos de aquel lienzo macabro que acababa de pintarse en el jardín de la residencia de los Aldrich.

Segunda Parte
SANGRIENTA EVOCACION

Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia, que es una especie de idolatría, por las cuales viene la cólera de Dios sobre los hijos de la rebeldía y en las que también vosotros anduvisteis un tiempo, cuando vivíais en ellas.

Epístola a los Colosenses
Cap. 3, vers. 5-7

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando tras consultar su minúsculo reloj de pulsera Ingrid se percató de que apenas faltaban cinco minutos para que las agujas señalasen la una de la madrugada, hora en que Kyle había anunciado volvería a dejarse caer por la residencia, decidió situarse a las inmediaciones de la verja para verle llegar y para besarlo.

Y para confesarle luego la tremenda necesidad de su compañía en una celebración como aquélla. Todas sus amigas lo estaban pasando bien junto al hombre que amaban y ella era la única que parecía rendir culto y devoción a unos extraños votos de continencia y castidad que jamás había contraído.

Pero amaba mucho a Kyle y estaba en la inteligencia de los muchos sacrificios a que tenía que «apuntarse» como consecuencia de la profesión de él.

—Hay universitarios que están locos por retener tu cuerpo entre sus brazos, girar con él al compás de la música apretándolo contra sí y susurrarte al oído dulces y deshonestas proposiciones. ¿Qué diablos haces aferrada a la verja como los monos?

Sin volverse, había reconocido la voz, repuso:

—Estoy esperando a Kyle. Sólo de él acepto las proposiciones lujuriosas.

—¡Ah...! —exclamó, socarrona, la otra—. ¡Y yo que me había creído aquello de que en la variación está el gusto!

Ingrid se volvió ahora:

—Tonterías, Meryl.

—¿De veras lo crees? Por qué ellos pueden *conocer* a las mujeres que les venga en ganas y nosotras, si queremos ser dignas de ellos... ya me entiendes, ¿no?

La del cabello afro miró con una suave sonrisa en los labios carnosos la figura, muy excitante aquella noche a ojos masculinos, de su amiga y compañera Meryl Shaw. Sin lugar a dudas, Tuesday Bridges, Meryl e Ingrid eran el terceto más unido de cuantas chicas residían en el pensionado que regía mistress Teresa Ann Streep.

Vestía Meryl aquella noche un ajustado vestido que ceñía sin piedad las formas contundentes de su cuerpo exuberante de salientes agresivos, con un escote en cuadro que evidenciaba la mórbida rotundidad, desnuda en los superiores, de sus pechos generosos y grandes.

Era pelirroja y tenía su piel salpicada de graciosas pecas que, al

unirse atolondradas en un corto espacio de su piel, le conferían a ésta un difuso tinte marronáceo.

—Hemos hablado en otras ocasiones de este particular y siempre la conclusión final ha sido la misma, ¿no, Meryl? Simple y pura cuestión de conceptos. Es el criterio propio y no los convencionalismos sociales quien debe de establecer las barreras, quien debe decirnos lo que está bien y lo que no lo está. Lo que es necesidad y es sano y lo que es simplemente perversión. Yo lo veo así. ¡Oye, hablando de todo! ¿Por qué no estás tú divirtiéndote?

—A partir de la una y media me voy a divertir de lo lindo —hizo la pelirroja un gesto por demás elocuente no exento de matices procaces. Puntualizando—: A esa hora he quedado con Gig en el aserradero de Rampling... la madera está muy recomendada para el fortalecimiento de la columna y la prevención de la artrosis, ¿entiendes?

—Entiendo, lujuriosa. La concupiscencia será vuestra ruina...

—¡Exagerada!

—Estar encima de la madera —siguió, caustica, la morena del pelo afro—, ¿no es como amarse en lo alto de un ataúd?

—¡No seas macabra, Ingrid! ¿Olvidas que a esa chica, a Brenda Francis Connors, y a su amante, los asesinaron morbosamente en el cementerio?

—¡Chica! —protestó la otra—. ¿Quién piensa ahora en crímenes? Eso pasó hace muchos años.

—Ve a contárselo al mayor Trevor... —apuntó Meryl con el rostro oscurecido.

—Olvídalo. Esta es nuestra noche de diversión. ¿Cómo no ha venido ya Gig?

—Sus padres están en Berkeley —explicó Meryl Shaw—, y tiene que hacer los honores.

Pero... a la una y media en punto, ¡amor, amor, amar!

—¡Que vaya de gusto! —ironizó Ingrid.

—¿Qué es lo que ha de ir de gusto? —preguntó de repente una voz masculina.

La señorita Fox pegó un salto de alegría al tiempo que lanzaba un gritito de satisfacción.

—¡Eh... oh, qué sorpresa! ¡Kyle! ¿Por dónde has entrado?

—Misterio, pequeña, misterio... —y se inclinó para besar la ávida boca de Ingrid. —Yo os dejo —Meryl Shaw al compás de las palabras emprendió una veloz y discreta retirada.

Cuando la morena de ojazos negros rutilantes se hartó de los labios del policía, lo miró al fondo de las pupilas diciendo con voz ronca por la pasión:

—Te amo, canalla.

—¿Sólo eso?
—Tengo ganas de hacer el amor contigo.
—Y yo —aseguró Kyle Brown. Añadiendo—: Pero esta noche es imposible, muñeca.
—Lo entiendo.
—¡Oye! ¿Y si vamos a la piscina de los Aldrich para fastidiar un poquito a los moralizadores?
—Bueno... Siempre que prometas besarme muchas veces por el camino.
—Hecho, preciosa. ¡Ahí va el primero!
Las lenguas de los dos estaban fuertemente enroscadas, exprimiéndose, cuando la voz atelarañada de mistress Teresa Ann Streep intervino hueca y quejumbrosa, inquiriendo:
—¿Este es el ejemplo que dan a los ciudadanos nuestros oficiales de policía?
—Perdone, mistress Streep —dijo Kyle—. Pero no es lo que usted se figura. Se trata de un simulacro de salvamento con el boca-boca incluido.
—¡Ah...!
La pareja salió a escape del lugar.
No muy lejos de allí y deteniendo la cómica carrera, el rubio policía encerró el cuerpo exuberante de Ingrid, suavemente, entre un tronco de árbol y el suyo propio, agachándose, para comenzar a besar de forma tenue e intermitente los laterales del cuello terso, de cisne, de la mujer.
Un ronco gemido brotó al instante por entre los labios de Ingrid.
—Por favor, por favor... —gimió—. Acabaré pidiéndote mucho.
—Pide...
—Lo sabes, Kyle. Pero estás de servicio.
—Dispongo de una hora.
Los ojos de Ingrid se abrieron como naranjas.
—¡Una hora! Entonces... Entonces...
—Eso, cariño. Pasaremos sólo a despedirnos de Tuesday y Elijah luego de...
—*¿De...?*
—De, Ingrid, sí.
—¡Oh, Kyle, qué maravilla! No lo esperaba. Será lo mejor de...
—Será lo mejor, muñeca —los labios de Brown cosquilleaban ya por lo alto de las plenas prominencias dé la muchacha, arrancando fuertes suspiros, jadeos roncos y sonoros, de su garganta—. Será como no ha sido nunca.

CAPÍTULO II

La pelirroja, a horcajadas en lo alto de Gig Douglas, cuyos ojos permanecían placenteramente entrecerrados, gritó.

Gritó con rasgado matiz.

Como si cada eco se rompiera en mil.

—Ya sé que soy el mejor en estos menesteres, cariño —dijo él con una sonrisa en los labios, pero manteniendo los párpados corridos. Ironizando de nuevo—: Pero tampoco hay que exagerar, ¿eh? Creí que estabas relajada ya.

Meryl Shaw, por toda respuesta, aulló:

—¡GIG... GIG, VA A MATARNOS! ¡AAAAAAAAAH!

No podía ser una broma. Demasiado macabra y Meryl no era de ésas. Por eso Gig Douglas, sin aspavientos eso sí, sin inmutarse demasiado, acabó abriendo los ojos. Y tal como estaba tendido en el suelo de la aserradora, decúbito supino, llevó sus pupilas al extremo más alto de las órbitas como si quisiera mirar, por encima, hacia atrás.

Lo vio y la vio.

Vio al extraño soldado con casco y barbuquejo pendulante a los lados, con aquella especie de máscara de lana que sólo permitía escrutar el brillo demoníaco de dos círculos fosforescentes que muy bien podían ser las pupilas de *aquello,* del soldado... ¿Soldado? Y vio también, con un instintivo estremecimiento, *la bayoneta.* La bayoneta del fusil encarada a su propia garganta en vertical espeluznante, con la aguda punta presta a hincarse, con el horrible vértice de acero chispeante cantando a la muerte la más espectral de las melodías.

—¡¡AAAAAAAAAAH!! —Meryl, horrorizada, había saltado atrás, tropezando con un objeto duro que le dañó el tobillo, obligándola a caer en tierra y contorsionarse con lastimeros aullidos de perro herido que siguieron a su enervante grito.

—¡Pero...! —comenzó a protestar Douglas, dudando aún sobre la real veracidad de la escena que estaba captando su mirada atónita—. ¿Qué diablos significa...?

La bota derecha del *marine,* grande, de doble suela, lo mismo que en plena operación bélica y en momento de reducir a un enemigo, se aplastó contra el hombro de Gig inmovilizándolo por completo. Aterrado ahora el muchacho dilató los ojos desesperadamente para incrustarlos en aquella pareja de círculos diabólicos, incandescentes, que brillaban desde el interior del siniestro pasamontañas, leyendo en sus chispazos espectrales la avidez sangrienta de aquel protagonista de

horrores, captando la imperiosa necesidad que acuciaba el monstruo de la bayoneta por derramar sangre, mucha sangre…

Su sangre. La sangre de él. La sangre de Gig Douglas.

Y se hizo por fin a la caótica realidad:

—¡¡NOOOOOOOOO!! ¿QUE TE HE HECHO YO PARA…?

La punta del acero había comenzado al descenso hacia el cuello del indefenso Douglas con una lentitud en la que se recreaba, se mecía vesánicamente el placer morboso, la satisfacción satánica del asesino, acunada por el éxtasis de la locura.

Bajó de golpe ahora.

La bayoneta.

¡RAAAAASK!

Partiéndole en dos, a Gig Douglas, la nuez.

—¡¡NOOOOOOOÓOOOOOO!! —bramó, momentáneamente alienada, patética, clavándose las uñas en los ojos buscando hurtarlos al horror, crispada y vibrando en tierra todo su cuerpo lo mismo que si acabasen de conectarle una terminal eléctrica de alto voltaje, la pelirroja.

El fusil se había ido arriba con el acero goteando en rojo para descargarse de nuevo con mayor brutalidad.

¡CRAAAAASK!

Un postrer y agónico estertor convulsionó la anatomía de Douglas lo mismo que si éste realizara un supremo esfuerzo, por conservar la vida que junto a su sangre, a borbotones, escapaba veloz por aquel monstruoso agujero abierto en la garganta.

Meryl Shaw comenzó de nuevo arrastrarse por encima de la madera, a reptar con desesperación, al comprender que la aguardaba la misma muerte infame que a su enamorado.

Por eso, en su lenta y atropellada huida, al tiempo que extraños y excitantes gorgoteos de pavor huían por entre los labios resecos que ahora parecían tela esmeril, la sorprendió comprobar que el monstruo tiraba a un lado el fusil de bayoneta totalmente escarlata.

Para avanzar, lenta, pausadamente, hacia ella.

¿Qué pretendía aquel engendro diabólico?

¿Qué demoníaca elucubración había dispuesto perpetrar en su cuerpo?

Las enormes botas que crujían siniestras al ondular arriba del suelo entarimado se detuvieron muy cerca de sus exquisitas y bien torneadas piernas, descubiertas hasta casi lo alto de sus muslos lozanos y prietos porque en su arrastrar, la ropa se había encogido por completo, y el asesino se balanceó durante breves instantes meciéndose al flexionar las gruesas punteras de goma.

Meryl había contenido la respiración y aunque lo intentaba con el alma era incapaz, ahora ya, de emitir tan solo un grito. Seguía, sólo,

gorgoteando como un animal herido.

Muerta de miedo.

Asfixiada por el terror.

Se inclinó bruscamente el diabólico ser uniformado para tomarla entre sus brazos fornidos, hercúleos, alzándola en vilo como lo hubiera hecho con un papel, sin apenas esfuerzo visible, pese al pataleo de Meryl y a su desesperación trágica al intentar con sus puños inofensivos un baldío castigo sobre el rostro enigmático del asesino.

Con ella en volandas se fue hacia la izquierda de la amplia nave donde había varias mesas aserradoras eligiendo la del centro, aquella que tenía equidistantes, a lo ancho, dos sierras circulares de considerable diámetro.

Giró el casco hacia un lado y otro hasta que los ojos infames que bullían detrás de la máscara de lana hallaron lo que buscaban. Y fue a por la gruesa estacha de cáñamo con la pelirroja a cuestas, regresando acto seguido a la mesa aserradora depositando el cuerpo de Meryl encima de las sierras, sujetándolo con una sola mano, mientras con la otra comenzaba a atar el cuerpo femenino sirviéndose como firme de los laterales de la aserradora... *sujetándolo, sí, contra el filo dentado de las dos circunferencias.*

Los ojos de Meryl Shaw ofrecían una expresión de horror que difícilmente podría ser superada jamás.

Notaba las púas hincadas ya en su espalda y la sangre, pringosa, corriendo encima de su piel lo mismo que menudos y extraños roedores, produciéndole un bestial desasosiego.

El *marine* regresó sobre sus pasos, yendo al cuadro eléctrico para colgar la diestra de una de las palancas que controlaban la entrada de fuerza eléctrica y ponían en funcionamiento una o más de las sierras instaladas en los diferentes bancos.

Fue consciente la pelirroja de lo que iba a suceder y pudo, esta vez, bramar. Con aquel alarido enloquecedor debieron estallarle los pulmones:

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!

La mano del criminal obligó hacia abajo a la palanca.

Y se escuchó al instante el ruido, el característico zumbido de las sierras al ponerse en funcionamiento.

Moviéndose adelante y atrás unas, girando sobre su pro— pio eje otras... girando también aquellas que servían de espectral lecho al cuerpo sensual de Meryl Shaw.

La sangre salió, súbitamente, disparada en todas direcciones. Salpicando mesas, utensilios, paredes, cayendo incluso sobre el rostro enmascarado del asesino y goteando por encima de la lana hasta impactar en el suelo de madera con excitante «ploc-ploc».

Los dientes de acero emitían crujidos alucinantes, gemían como almas torturadas en el rojo candente de los demonios de Satán, conforme se adentraban en la piel y carne de la chica rasgándolas, destrozándolas, para ir al encuentro de los huesos en siniestro proceso de trituración que llenó el ámbito con estallidos de locura.

El cuerpo de la pelirroja Meryl Shaw empezó a quedar dividido en dos partes a la vez que bajo él, se extendía zizagueante un verdadero océano sangriento.

Y las sierras circulares, con sus crujidos horrísonos, seguían y seguían girando, hendiendo en la carne ya abierta y enrojecida, hacia el fin de una tarea espectral, abominable.

La sangre se había enseñoreado por doquier de la serrería de James Rampling.

CAPÍTULO III

Corrían, agazapados, por el lujuriante jardín de la residencia de los Aldrich.

—Por tu culpa estoy cometiendo un delito —anunció, quedo, el rubio Kyle.

—¿Y no es delito lo que acabas de cometer en el cuerpo de una indefensa doncella? —Cuando existe aquiescencia por ambas partes no hay delito que valga. Pero si estás arrepentida...

—¡Calla, tonto! —exclamó la morena Ingrid, ladeando su cabeza de corte afro para besar la boca del policía.

—¡Pequeña! —exclamó de pronto Brown. Y extendiendo el índice adelante por encima de unos setos, quiso saber—: ¿Qué es aquello? Yo diría que...

—Yo aseguraría —le cortó ella decidida—, que es Everett Murphy, borracho como una cuba para variar, pegándole patadas a algo que parece una pelota.

—¡Qué raro! Está casi junto a la piscina... ¿Cómo no lo han echado Tuesday y Elijah?

—¡Vete a saber! A lo mejor están encerrados en el cobertizo...

—¡Eso no es una pelota! —bramó Kyle de pronto, echando a correr hacia el punto donde se encontraba el borrachuzo Murphy.

Ingrid salió disparada tras el policía.

Kyle Brown ya había alcanzado los aledaños donde se desenvolvía el ebrio con su monumental cogorza a cuestas, gritando:

—¡Murphy! ¡Maldito Murphy de mierda! ¡Pero...! ¿Qué diablos has hecho? ¿Es... es que te has vuelto loco?

El aludido, sin dejar de darle patadas a lo que rodaba por el suelo, prorrumpió en bestiales carcajadas volviéndose hacia el lugar de donde partiera la voz, haciendo amplias «eses» y exclamando tras su estridente hilaridad:

—¡Eh... alguacil, hiiiip! ¡Eh... hiiiip... mire, mir...e! ¿Ve qué pelota más orig... hiiiip, más original me he encontrado?

Los ojos de la hermosa mujer que había corrido a espaldas de Kyle Brown se apropiaron entonces de la escena.

Y se desesperó al punto:

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero si es...!

Era la cabeza de Tuesday Bridges.

—...OOOOOOOOOOOOOH! ¡KYLE, KYLEEEEEEEE! ¡ES... ES LA CABEZA DE TUESDAY!

El oficial de policía ya se había percatado de ello.

Y estaba tratando de hallar una explicación, por lógica que fuera, al horror que estaba contemplando.

Corrió adelante empujando a Murphy que se fue a tierra golpeando de nuevo, esta vez sin intención, la ensangrentada testa de Tuesday, rumbo al cobertizo.

Pero antes de encontró con *todo*.

Kyle Brown, desbordado por aquel entorno de locura, echó atrás para impedir que Ingrid llegara a concienciarse visualmente de aquella panorámica siniestra.

La retuvo entre sus brazos apretándola contra el pecho.

Ingrid Fox tuvo un acceso de histeria.

Pataleó, gritó y golpeó a Kyle hasta que éste hizo restallar dos sonoras bofetadas, contra las ya ardientes, encendidas mejillas de su hermosa enamorada.

—¡Kyle, Kyle...! ¡Esto es la locura! ¡Kyle...! ¿Por qué tanto horror, por qué?

Murphy se había alzado del suelo y avanzaba con zigzag peligroso al borde de la piscina delirando con su lengua de trapo:

—Oig...a alguacil, ¡hiiiiip! Si usted me lo... ¡hiiiiiip!, me lo permite, quisier...aaaaa llevar... llevarme, ¡hiiiiip!, llevarm...e a mí casa... ¡este trofeo! —alzaba por los cabellos la cabeza aún sangrante de Tuesday Bridges—, Teng...o cierv...os, un leó...n y todo... pero una cabez...a tan guap... ¡hiiiiip!, tan guapa como...

Kyle, sacando fuerzas de flaqueza y cerrando los ojos tras pensar lo que se disponía a hacer, arrancó de un brusco manotazo la testa enervante que perteneciera al cuerpo de Tuesday, golpeando después con seco puñetazo el mentón de Everett Murphy que salió catapultado a la piscina desplazando al entrar en ella un surtidor espumoso de agua.

Ingrid, al ver que Brown sostenía la cabeza de su amiga entre los dedos de la diestra, lanzó un gemido desplomándose de inmediato.

—¡Maldita sea mi estampa!

El sheriff en funciones por entero desbordado porque ni en la peor de las pesadillas hubiera llegado a imaginar enfrentarse a situación tan atroz, tan desconcertante.

Con las mandíbulas encajadas como si las hubiera martilleado y procurando omitir su mirada de la lúgubre carga que portaba, fue hacia el punto donde hallábase el resto del cadáver de Tuesday dejando con cuidado, y sin mirarla, desde luego, la cabeza.

Regresó para recoger a Ingrid llevándola al amparo de unos arbustos, lejos de aquel escenario infernal de horrores, tratando de reanimarla.

Tardó más de cinco minutos en conseguirlo.

—¡Oh, Kyle! —suspiró profundamente, estremeciéndose, al tomar nuevo contacto con la realidad.

—Calma, muñeca, calma. Te lo suplico.

—¡Es horroroso, amor! ¿Quién... quién ha podido cometer semejante atrocidad?

Elijah... ¿También, no?

—También. Los dos, Ingrid. Los dos han sido horriblemente mutilados.

—¡KYLE! —aulló Ingrid en medio de una convulsión, como si viera o recordara algo tan estremecedor como la escena que contemplara minutos antes. Repitiendo—: ¡KYLE! ¡Como sucedió hace quince años con Brenda Francis Connors y su amante! ¡Igual! Aquello marcó el fin de las fiestas de graduación, y ahora, ahora, cuando todo parecía volver a la normalidad surge esta... ¡esta sangrienta evocación! ¿Por qué, Kyle, por qué?

—No tengo la menor idea, Ingrid. Tranquilízate, por favor.

—Hay que avisara...

—¡Nada de eso! —se crispó el rubio policía. Argumentando—: Todo lo contrario. De momento, debemos mantener el más absoluto silencio con respecto a nuestro macabro hallazgo. ¿Te imaginas lo que significaría esta noche la carrera del pánico como reguero de pólvora? No, hay que conservar el sentido común.

—Pero puede asesinar de nuevo... —apuntó Ingrid. Y desorbitando los ojos azabache al máximo que le permitían las órbitas al recordar el diálogo mantenido con su amiga Meryl poco antes de la llegada del policía, gritó: —¡MERYL...! ¡MERYL Y GIG ESTAN EN LA SERRERIA DE RAMPLING!

A Kyle Brown, sin saber por qué, o sabiendo muy bien por qué, se le erizaron los pelos de la nuca.

—¡Dios Santo! —articuló. Y tirando hacia arriba de la muñeca diestra de Ingrid, dijo—: ¡Vamos para allá! ¡Deprisa!

La morena se elevó de un brinco corriendo paralela, pegada a Kyle, hacia el exterior de aquel frondoso jardín que una mano cruel, sanguinaria, acababa de trocar en siniestro. Se habían detenido como a quince yardas de la suave depresión que iniciaba el terreno, justo en la salida del bosquecillo, delante de las dos grandes naves rectangulares que formaban el taller de serrería de James Rampling.

En uno de sus ventanales posteriores de la segunda nave, la más cercana a ellos, casi al final del mismo, brillaba una luz por detrás de los polvorientos cristales que empañaba el polvo de la madera y las virutas.

—Qué extraño... —murmuró Ingrid, temblando.

—No es lógico que tenga la luz encendida —admitió Kyle.

—¿Qué puede estar sucediendo ahí? —era un hilo de voz lo que

había conseguido Ingrid para hilvanar el interrogante.

—Ni idea. Oye...

—¿Si?

—Tú te vas a quedar aquí, quietecita, al amparo del bosque...

—¡Ni hablar, Kyle! ¡Voy contigo!

—¿Quieres escucharme, Ingrid? No me pongas más nervioso de lo que estoy, ¿eh? — protestó el rubiales. Añadiendo—: Toma... —le tendía un pequeño transmisor-receptor de bolsillo al tiempo que explicaba—: Si dentro de diez minutos no he vuelto, bajas esta clavija, acercas tu boca al micro y le cuentas a mí compañero Paul Lewis lo que está sucediendo. Y que venga para acá.

—¡Estoy muerta de miedo, Kyle!

—¿Ves acaso que yo salte de alegría? Según lo que haya sucedido en la aserradora puedes convertirte en un estorbo para mi actuación y correr grave peligro que es lo que realmente me preocupa.

Largó la chica un sonoro y resignado suspiro.

—De acuerdo... Será como tú dices. ¡Ten mucho cuidado! —y lo besó en la boca. —Lo tendré —forzó una sonrisa el policía, en la oscuridad, tratando de animarla—, ¡por la cuenta que me trae!

Y salió adelante, agazapado, procurando integrarse en la tupida telaraña de tinieblas, caminando en diagonal hacia la nave donde brillaba la débil luz.

Había llegado muy cerca de una de las puertas que en la distancia creyó entreabierta, mecida la madera por el viento que la hacía producir siniestros quejidos, cuando se envaró extrayendo de la funda su revólver reglamentario.

Con él, fuertemente empuñado, buscando en aquella culata la seguridad que las circunstancias y el tétrico hallazgo en el jardín de los Aldrich le restaban, en cuclillas y sobre la puntera de los zapatos, procurando no efectuar el menor ruido, avanzó hacia la puerta.

Despacio, alargó la zurda contra la hoja para acabar de entreabrirla, atisbando seguidamente con toda precaución.

Pasando al interior y escuchando el primer gemido de la madera bajo sus pies.

—¡Cristo del cielo! —se envaró.

Rígido.

Kyle Brown estaba rígido como una barra de hierro y helado igual que podía estarlo aquélla. Sus pupilas querían negarse al horror brutal, sangriento, que entraba hasta el interior de las mismas, engullendo la macabra escena que aparecía ante ellas.

—¡Es espantoso!

Era, sí, espantoso.

Contemplar el cuerpo destrozado, partido por las sierras, de la exuberante pelirroja cuyos restos desgarrados, colgantes, enredados en

los dientes de las esferas aceradas, se bañaban en un brillante estigio de su propia sangre.

Y unos metros por delante del banco horrendo, la garganta hecha jirones de Gig Douglas con las órbitas dilatadas por el espanto y los ojos redondos y cristalinos ofreciendo desde el más allá la más insólita muestra del terror.

El estómago de Kyle Brown se contrajo todo él lo mismo que si una tenaza de acero lo estuviera estrujando sin la más mínima consideración.

Tragando saliva pensó en volver hacia el punto donde quedara oculta Ingrid con el transmisor para ser él mismo quien requiriese la presencia de sus compañeros.

Seguía convencido de que no era prudente ni oportuno sembrar el pánico y la alarma aquella noche, pero sí se hacía necesario alertar a sus camaradas, al forense y al juez Jerry Abbot.

Por la mañana se comunicaría, vía teléfono con Timothy Monroe, solicitando su urgente regreso.

Eso había decidido iniciando el regreso, cuando lo escuchó.

El bramido.

Brutal.

Lacerante.

Pleno de horror.

Como procedente de los abismos del reino de Satanás.

Un bramido de locura:

—¡¡¡KYL... SOCORROOOOOOOOOOO!!!

* * *

La bella criatura de cuerpo sensual, enormes ojazos azabache y recorte afro en el cabello, se había quedado en la soledad del bosque, aterida por el pánico, trémula, sola, apretando como si de un talismán se tratara el transmisor-receptor, por no contrariar a Kyle.

Porque hubiera preferido correr al lado de él cualquier riesgo, que estarse allí, quieta y olvidada, rodeada de gigantescos troncos que se le antojaban brutales gigantes de cabezas deformes y cabellos desordenados, escuchando el ulular del viento en sus oídos como cadencia siniestra, como estribillo excitante de una melodía.

Algo, entonces, se movió a su lado trazando un zigzag.

Ingrid tuvo la concreta percepción de que el corazón estallaba por dentro de sus labios, pugnando escapar al empuje del miedo.

—¡Aaah! —clavó el transmisor contra la boca.

Era un conejo u otro animal de similares características lo que le había producido tal espanto.

—¡Dios mío! Voy a enloquecer si sigo un segundo más aquí...

Estaba tensa como un cable de acero. Bajo su epidermis percibía el regar de su sangre caliente fluyendo por fuera de las venas; algo frío, en contraste, culebreaba por el interior de la columna vertebral logrando que se le erizara los cabellos y la piel tenía granos que ondulaban su vello, produciéndole mil distintas sensaciones de pavor.

—¡No puedo más! —murmuró, poniéndose en pie de un brinco.

Avanzando por donde antes lo había hecho Kyle rumbo a la nave iluminada de la aserradora.

Fue al eludir unos agrestes matorrales de ramaje con púas...

Estaba allí.

Inmóvil como una estatua de muerte.

Con el uniforme de *marine*, el fusil y su bayoneta calada.

Mirándola desde el otro lado de la máscara de lana que envolvía el rostro maligno bajo el casco militar de abierto y colgante barboquejo.

Ingrid lo supo al momento.

Aquello, aquél... *aquél era el morboso asesino de Tuesday Bridges y Elijah Anderson.* Como si estuviera leyendo el pensamiento, *él, aquello,* movió las mandíbulas envueltas en lana para confesar con tono oscuro como las tinieblas que los envolvían:

—También ajusticié a Brenda Francis Connors y Lyndon Newman...

Ingrid Fox pudo escapar, breve, a la aureola de terror. Hurtarse al pasmo que mantenía sus labios apretados, unidos en inmóvil línea recta.

Y justo en el instante que *él* iniciaba un salto sobre ella, emitió el bramido. Brutal.

Lacerante.

Pleno de horror.

Como procedente de los abismos del reino de Satanás. Un bramido de locura:

—¡¡¡KYL... SOCOROOOOOOO!!!

* * *

Kyle Brown, sintiendo que los latidos de su corazón se estrellaban alocados en su tórax viril cual tañidos lúgubres de una campana tocando a funeral, se deshizo de todas las precauciones observadas hasta aquel instante echando a correr con las facciones de su rostro crispadas, los músculos agarrotados y el cerebro obseso, prendido, en la figura de su amada.

—¡Ingrid... Ingrid! —gritaba a la vez que corría—. ¡INGRID!

Al alcanzar el linde donde principiaba el bosque luego de salvar al galope el claro abierto entre aquel y las naves de la serrería, cuando creyó atisbar un bulto zigzagueando entre el follaje.

Loco de rabia y furor voló en pos de aquella sombra fugaz trompicando en las raíces que sobresalían de tierra, enredando los pies en ellas y haciendo verdaderos prodigios para no estrellarse de bruces, aludiendo también como Dios le daba a entender los ásperos núcleos de corteza que surgían como torres de madera, siniestras torres, en su agónico avanzar.

Estiró la testa para escudriñar en la oscuridad y ahora nada captaron sus ojos abiertos y enrojecidos.

—¡Ingrid... Ingrid, cariño! ¡CONTESTAME!

El crujido le llegó nítido y lastimero.

Y justo al revolverse buscando la causa del mismo algo duro, contundente, demoledor, estalló en su mandíbula haciéndole salir despedido atrás para rebotar en un arcaico tronco y resbalar pegada la espalda a él, trompicando, borrosa la mirada, semiinconsciente.

Los entrecerrados párpados no le permitieron captar la oscura mole siniestra que se disponía a hincarle contra la madera del árbol sirviéndose de la bayoneta asesina.

Se doblaba cuando la que parecía última contorsión le llevó a golpear dolorosamente, con el codo derecho, contra la firme corteza del arbusto, obligándole a un movimiento reflejo que hizo curvar su índice en torno al gatillo del revólver reglamentario.

¡BANG!

El estampido seco, restallante, hizo añicos el oscuro silencio de aquella noche siniestra preñada de sangrientas evocaciones.

El asesino se contrajo cuando el plomo caprichoso, anárquico, se abrió paso en su estómago para alojarse en el interior enviándole atrás por la fuerza del impacto y escasa distancia del punto donde se había producido.

Soltó el fusil de reluciente bayoneta criminal que alcanzó la tierra con estridente gruñido para llevarse ambas manos al lugar barrenado por el proyectil.

Dio un medio giro vacilando para derrumbarse de costado chafando bajo su peso un seco matorral que chilló cual rata herida.

Kyle Brown, estrábica aún la mirada y alerta levemente su conciencia a causa del accidental y providencial disparo, trató de mantenerse en pie, consiguiéndolo no sin dificultad.

Dio un inseguro paso adelante.

Alzó el cañón del arma dueño ya de sus actos, enfilando el orificio con rectitud contra la naturaleza que se debatía en tierra herida de muerte.

Alejó el fusil con tétrico acero incorporado de un violento

patadón cuyo esfuerzo le produjo dolor y, sin dejar de encañonarlo, prudente y atento, levantó el casco de un manotazo despojando a continuación el rostro del tupido pasamontañas de lana negra.

Se quedó quieto, muy rígido, con aquella especie de máscara colgándole de los dedos.

Estupefacto.

Moviendo una y otra vez su cabeza rubia en sentido negativo.

—No... no... ¡no es posible! Tú... *¿por qué tú precisamente, Timothy Monroe?*

Las anchas facciones de habitual joviales, crispadas ahora por el dolor y la cercana llegada de la muerte, se contrajeron aún más en vivo espasmo. Y las mandíbulas se movieron penosamente para elocuenciar sus labios la insólita confesión:

—Soy... *soy Tommy McBryan.*

—¡Eso... —abrió la boca Kyle Brown hasta los Hites—, eso es imposible!

El sheriff de Berkeley se removió en tierra, agonizante. Dijo:

—Me queda poco tiem...po, Kyle. No... no me interrumpas, te lo suplico. Mi... mi cerebro ha estallado con tu bala y parece que vuelve a la... a la cordura, cuando ya es demasiado tarde. Soy Tommy McBryan por extraño que te parezca. Busca... busca a mí hermano Kevin en Nueva York, cuando yo muera, y él confirmará la historia.

—Pero...

—¡Por favor! Esto se acaba, Kyle. Fue Kevin quien se quedó en aquel hospital de campaña de Khe Sanh, en Vietnam, con su rostro cubierto de vendas, mientras yo, gracias a sus conexiones en las Fuerzas Aéreas, viajaba hasta aquí para asesinar a mí novia y su amante. La decisión de Brenda Francis me volvió más loco que aquella granada de Vietcong que había destrozado mi cara... La odié profundamente, la odié con desesperación, como jamás creí que se podía odiar a nadie. Fue... fue sublime el atravesarlos una y otra vez, una y otra, al borde de aquellas sepulturas donde se habían amado sucia y procazmente.

—El avión en que tú regresabas... —apuntó, desbordado por la atroz sorpresa el joven ayudante del sheriff asesino que consumía a sus pies los últimos minutos de su vida.

McBryan zozobró en un nuevo espasmo, contrayéndose como un gusano, al exclamar:

—¡Calla, por tod...os los diabl...os! ¡Calla! Yo... no viajé en aquel avión, aunque oficialmente sí ocupaba una plaza. Se trató de otra maniobra de mi hermano, merced a sus conexiones en el cuerpo donde prestaba servicio. Lo único que ignoraba Kevin es que yo lo había dispuesto todo para que aquel DC8 se hiciera fragmentos en el aire.

—¿Tú hiciste estallar el avión?

—Necesitaba… estar *legalmente* muerto. Porque me habían hablado de un cirujano chino de Cantón que hacía verdaderas maravillas en lo concerniente a estética y plástica. El doctor Yan-Tse-Huan me dio este rostro… —hizo un desesperado esfuerzo por tocarse la cara—. Fue el trabajo de cuatro largos años. Experimentó en mí una nueva técnica. Yo, poco tenía que… perder. Regresé finalmente aquí, a Estados Unidos, participando junto a otro ex combatiente un par de asaltos que me permitieron obtener el dinero suficiente con que comprar mi nueva identidad: Timothy Monroe.

—¡Ahora caigo! —se golpeó la frente Kyle, sin apartar por ello el cañón del arma de encima del sheriff—, ¡T.M.! ¡Las mismas iniciales!

—Sí… —cada vez hablaba con mayor dificultad—. Mi auténtica obsesión era volver a Berkeley. Cuando lo hube conseguido busqué una situación de privilegio, de poder. Nadie podía sospechar ni en sueños que Timothy… bueno, sólo una persona intuyó la verdad porque su corazón de madre le llevó a ella. Me pidió que no volviera a derramar sangre, que no…

—Eso quería preguntarte, Tim. ¿Por qué has desatado esta catarata de horrores?

Volvió a contraerse.

—Nunca… pese a haberla matado, dejé de odiar a Brenda Francis Connors. Y ese odio ancestral se hacía extensivo a las mujeres que de una forma u otra me la recordaban y, con el paso del tiempo, a cualquier chica joven que frecuentara la compañía de un hombre. Una idea me mantenía tenso y en… vilo. Era la llama de la locura que germinó en mí al abandonarme Brenda Francis y que ni su muerte había logra… —echó una bocanada de sangre—, do apagar. El deseo de asesinarlas me ofuscaba. El evocar los hechos ocurridos en el cementerio quince años atrás se convirtió en furibunda obsesión… necesitaba matarlas, derramar su sangre… ¡LO NECESITABA! Por eso…

Enmudeció de golpe.

Y su cabeza, con sesgo macabro, se torció bruscamente a la derecha.

Para quedarse inmóvil.

Kyle alzó los ojos y éstos se tropezaron con la figura quieta, silenciosa, de Ingrid Fox, exánime, recostada fatigosamente contra el tronco de un arbusto cercano. Un hilillo de sangre caía por su rostro y mejilla procedente del corte que en la cabeza le produjera el asesino para silenciarla e inmovilizarla, mientras trataba de eliminar a su ayudante.

—¡Pequeña! —corrió hacia el cuerpo de la mujercita que amenazaba con venirse abajo nuevamente.

Llegó justo a tiempo de recogerla entre sus brazos.

Besando sus cabellos, la frente, sus ojos y las mejillas ahora pálidas, Kyle comenzó a caminar despacio, triste por la horrible realidad vivida en aquella noche de sangrienta evocación, rumbo al pensionado-residencia regido por mistress Teresa Ann Streep.

Necesitaría tiempo, lo mismo que los habitantes de Berkeley cuando se hiciera público lo acaecido, para aceptar que Timothy Monroe era un demente sanguinario cuya tragedia comenzara en Vietnam, quince años atrás, cuando se llamaba Tommy McBryan. Ingrid movió los labios tenuemente.

—Kyle... Kyle...

—¿Sí?

—Te... te quiero mucho: —Y yo a ti, Ingrid.

FIN

MORBO

UN MAGAZINE
DE TERROR
PARA
PASARSELO
DE MIEDO

Para los aficionados al Comic
a los relatos terroríficos y al
Humor Negro

DE APARICION QUINCENAL

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

Palo que remata en dos o más púas hechas del mismo palo o sobrepuestas de hierro, con el cual los labradores hacinan las mieses, las echan en el carro, levantan la paja y revuelven la parva. Palo que remata en dos puntas y sirve para sostener las ramas de los árboles, armar los parrales, etc. (Nota del Autor.)